

COLECCIÓN

REGENTE

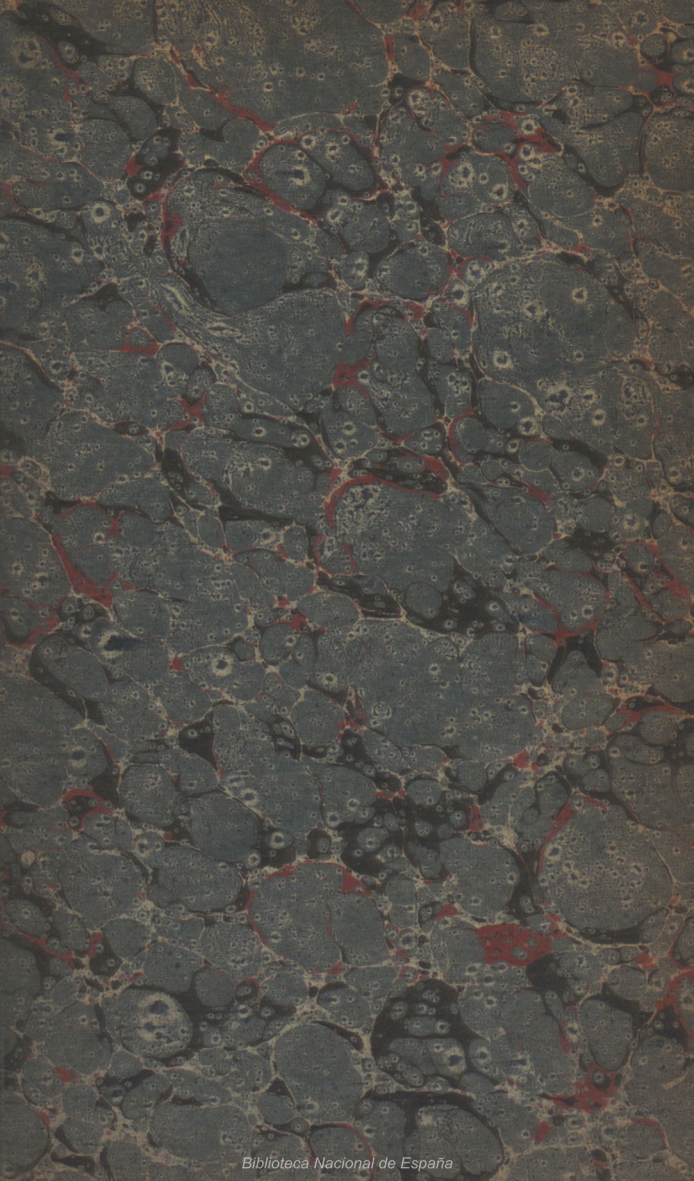
18

6

8390

6

8390



6-1
8390

COLECCIÓN REGENTE,

FELICIDAD

EMILIO
ZOLA

50 cents

Biblioteca Nacional de España

SOPENA EDITOR GRAYNA 10 BARCELONA

FELICIDAD

GAUCHO 1957

COLECCIÓN REGENTE

18

FELICIDAD

POR

EMILIO ZOLA



TRADUCCION

de

RAMÓN ORTOS RAMOS



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR. — Administración de LA VIDA GALANTE
Calle de Gravina, 10
1900

LIBRARY OF THE

CONGRESS

1852

OF THE



OF THE



OF THE



OF THE

1852

FELICIDAD

I

Allá, en Numéa, cuando Jacobo Damour miraba el horizonte infinito del mar, creía ver allí toda su historia, las miserias del sitio, las cóleras de la Commune, después aquella redada que lo echó tan lejos, medio muerto... No era aquella una visión límpida de los recuerdos, que le daban alegría ó tristeza, sino la sorda ruminación de una inteligencia obscurecida que volvía sobre sí misma en ciertos hechos que quedaban de pie y claros, entre las ruinas del resto.

A los veinticinco años se casó con Felicidad, una hermosa mujer que tenía dieciocho, sobrina de una frutera de la Villette, que le tenía un cuarto realquilado. El era grabador en metales y ganaba hasta doce francos diarios; ella había sido costurera anteriormente, pero como tuvieron un niño muy pronto, tuvo que reducirse á criar su rorro y á ocuparse del cuidado de la casa. El pequeño Eugenio medraba admirablemente. Nueve años más tarde, una niña vino á aumentar la familia; y esta, Luisa, es-

tuvo tanto tiempo enfermiza que gastaron con ella un capital de drogas y medicamentos. Esto no obstante, el matrimonio no era desgraciado. Damour hacía fiesta con frecuencia los lunes; pero como era muy razonable, iba á acostarse en cuanto conocía que había bebido mucho, y volvía á su trabajo al siguiente día, tratándose á sí mismo de menos que nada. Desde que cumplió doce años, fué Eugenio dedicado al trabajo, y aquel muchacho que apenas sabía leer ni escribir, se ganaba ya la vida. Felicia, muy mujer de su casa, administraba aquella pequeña república con mucha maña y prudencia, un poco *perra*, según Jacobo, porque solía servir en las comidas más legumbres que carne, con objeto de ahorrar algunos napoleones para un caso de enfermedad. Aquella fué la mejor época del matrimonio. Vivían en Menimontaut, calle des Envierges, en una casa que se componía de tres departamentos: uno que ocupaba el matrimonio, el de Eugenio, y un espacioso comedor donde habían instalado el taller de cinceladura, sin contar la cocina y un gabinetito para Luisa. La habitación daba á un extenso patio, en una pequeña ala del edificio, abundante de luz y sol, pues sus ventanas caían sobre un solar que servía de depósito para materiales de derribo, donde, por la mañana y por la tarde, venían un sinnúmero de carretas á descargar escombros y madera vieja.

Cuando estalló la guerra, los Damour habitaban la calle de los Envierges hacía diez años. Felicidad, aun cuando aproximándose ya á los cuarenta, permanecía joven, un poco entrada en carnes, de una redondez de espaldas y caderas que hacían de ella la guapa del barrio. Jacobo, al contrario, estaba seco, y los ocho años que lo separaban de su mujer lo convertían en un viejo al lado de ella. Luisa, repuesta en su salud, pero siempre delicada, se parecía á su padre, salvo sus morbideces de niña; en tanto que Eugenio, entonces de diecinueve años de edad, era alto como su madre y tenía las anchas espaldas de ésta. Vivían muy unidos fuera de algunos lunes en que el padre y el hijo se entretenían demasiado en las tabernas. Entonces Felicidad rabiaba, furiosa al pensar en el dinero disipado. Dos ó tres veces llegaron á las manos; pero esto no tuvo mayores consecuencias; era culpa del vino. Se les citaba como modelos de buen ejemplo. Cuando los prusianos marcharon sobre París y empezó la terrible temporada, poseían algunos miles de francos en la Caja de ahorros. Esto era muy hermoso para obreros que habían criado dos hijos.

Los primeros meses del sitio, no fueron muy duros de soportar. En el comedor, donde dormían las herramientas, aún se comía carne y pan blanco. Compadecido por la miseria de un vecino, un pintor decorador que se llamaba Be-

rru y que reventaba de hambre, pudo todavía Damour convidarle á comer algunas veces á la semana, y bien pronto el camarada fué su huésped obligado.

Era muy ocurrente y tenia siempre una frase que hacia reir, y tanto hizo y tan bien, que acabó por desarmar á Felicidad, inquieta y trastornada ante aquella inmensa boca que se tragaba los mejores bocados. Por la noche se jugaba á las cartas, mientras se hablaba de los prusianos. Berru, un patriota, hablaba de excavar minas y subterráneos por debajo del campo, hasta llegar debajo de las baterías de Chatillón y de Montretout, á fin de hacerlas saltar. Después caía sobre el gobierno, que, para traer á Enrique V, querian abrirle á Bismarck las puertas de París. La república de aquellos traidores le hacía encojer de hombros. ¡Ah! ¡La república! Y, con los codos apoyados sobre la mesa, explicaba á Damour su forma de gobierno; todos hermanos, todos libres, la riqueza de todo el mundo, la justicia y la igualdad reinando en todas partes, arriba y abajo.

—¡Como el 93!—añadía categóricamente, sin estar muy seguro.

Damour se quedaba grave. El también era republicano, porque, desde la cuna, habia oído decir á su alrededor, que la república sería un día el triunfo del obrero, la dicha universal. Pero no tenia una idea fija de cómo aquellas co-

sas habían de pasar. Por eso escuchaba á Berru con atención, pareciéndole que razonaba muy bien, y que, seguramente, la república había de llegar como él decía. Se excitaba, creyendo firmemente que, si Paris entero, hombres, mujeres y niños, hubieran marchado sobre Versalles cantando la *Marsellesa*, se habría rechazado al prusiano, tendido la mano á las provincias y fundado el gobierno del pueblo, el que debía proporcionar rentas á todos los ciudadanos.

—¡Ten mucho cuidado!—le decía Felicidad. —¡Esto acabará mal si escuchas á Berru! Máta-le el hambre, si tienes gusto en ello; pero déjale que vaya él solo á hacerse romper la cabeza!

Y no es que ella no quisiese también la república. El año 48 su padre murió sobre una barricada. Unicamente, que este recuerdo, en vez de soliviantarla, la volvía prudente. En lugar del pueblo—decía—ella sabía cómo obligar al gobierno á que fuese justo; ya lo haría bien. Los discursos de Berru la indignaban y le daban miedo, porque no le parecían sus doctrinas muy honradas. Veía también que Damour cambiaba, tomando maneras y empleando frases que no le gustaban bajo ningún concepto. Pero le asustaba aún más el aire ardiente y sombrío con que su hijo Eugenio escuchaba á Berru. Por la noche, cuando Luisa se quedaba

dormida sobre la mesa, Eugenio bebía lentamente un vasito de aguardiente, cruzaba los brazos sin decir una palabra y clavaba sus ojos en el pintor, que siempre traía de París alguna historia extraordinaria de una traición; los bonapartistas, haciendo señales desde Montmartre, ó bien los sacos de harina y los barriles de pólvora echados al Sena para acelerar la rendición de París.

—¡Cuánto embuste! — decía Felicidad en cuanto Berru se marchaba.—¡No te calientes los cascos! Ya sabes que es un farsante.

—¡Yo sé lo que sé!—respondía Eugenio con expresión terrible.

Hacia mediados de Diciembre los Damour se habían comido todas sus economías. A cada momento se anunciaba una derrota de los prusianos en provincias, una salida victoriosa que libraría por fin á París; y el matrimonio no se apuró en los primeros momentos, esperando sin cesar que se reanudase el trabajo. Felicidad hacía milagros; vivían al día, de aquel pan negro del sitio, que únicamente Luisa no podía digerir. Entences Damour y Eugenio acabaron de calentarse los cascos como decía la madre. Ociosos todo el día, fuera de sus hábitos de laboriosidad, con los brazos flojos desde que dejaron sus cinceles, vivían en un ambiente moral enfermizo, en un enfurecimiento lleno de pensamientos utópicos y sangrientos. Ambos se habían

incorporado á un batallón, pero éste, como otros muchos batallones, no salía del recinto fortificado, acuartelado en su puesto, donde los hombres pasaban el tiempo jugando á las cartas ó bebiendo. Allí fuè donde Damour, con el estómago vacío y el corazón apretado ante la miseria de su casa, adquirió la convicción, escuchando las noticias de unos y otros, que el gobierno había jurado exterminar el pueblo, para ser dueño de la república. Berru tenía razón; nadie ignoraba que Enrique V. estaba en Saint-Germain, en una casa sobre la cual flotaba la bandera blanca. Pero aquello acabaría. Cualquiera mañana cazarian á tiros á aquellos crapulosos que hacían morir de hambre y permitían que se bombardease á los obreros, con el único objeto de hacer sitio á los nobles y á los curas. Cuando Damour entró con Eugenio, ambos febriles por el ambiente de locura de fuera, no hablaban más que de matar á todo bicho viviente delante de Felicidad, pálida y muda, que cuidaba á Luisita, enferma otra vez á causa de la mala alimentación.

Sin embargo, terminó el sitio, se firmó el armisticio y los prusianos desfilaron por delante de los Campos Eliseos. En la calle de los Envierges se comió pan blanco que Felicidad fuè á buscar á Saint-Denis. Pero la comida fuè sombría. Eugenio, que había querido ver el desfile de los prusianos, contaba los detalles, cuando

Damour, blandiendo un tenedor, gritó que era necesario guillotinar á todos los generales. Felicidad se irritó y le quitó el tenedor de las manos. Los siguientes días, como el trabajo no se reanudaba, decidió trabajar en casa por su cuenta; tenía algunas piezas fundidas, las que quiso cuidar con la esperanza de una pronta venta. En cuanto á Berru había desaparecido después del armisticio; sin duda había caído sobre alguna mesa más abundante. Pero una mañana presentóse animadísimo y contó lo de los cañones de Montmartre. Las barricadas se elevaban por todas partes, el triunfo del pueblo llegaba por fin, y venía en busca de Damour, pues se necesitaba el concurso de todos los buenos ciudadanos. Damour dejó sus cinceles á pesar de la cara asustada de Felicidad. Aquello era la Commune.

Entonces se desarrollaron las jornadas de Marzo, Abril y Mayo. Cuando Damour estaba cansado y su mujer le suplicaba que permaneciese en casa, él respondía:

—¿Y mi franco y medio? ¿Quién nos dará el pan?

Felicidad bajaba la cabeza. No tenían para comer sino los seis reales del padre y los seis del hijo, el sueldo de la guardia nacional, que algunas distribuciones aumentaban á veces con vino y carne salada. Por otra parte Damour estaba convencido de su derecho; tiraba sobre los

versalleses como hubiera tirado sobre los prusianos, persuadido de que así salvaba la república y aseguraba la dicha del pueblo. Después de las fatigas y las miserias del sitio, el desconcierto de la guerra civil le hacía vivir en un recinto de tiranía dentro del cual se batía como un oscuro héroe, decidido á morir por la defensa de la libertad. No entraba de ningún modo en las complicaciones teóricas de la idea comunalista. A sus ojos la Commune era sencillamente la edad de oro anunciada, el principio de la felicidad universal; en tanto que creía, con mayor tenacidad aún que había en alguna parte, en Versalles ó en Saint-Germain, un rey pronto á restablecer la inquisición y los derechos feudales, si le dejaban entrar en Paris. En su casa no hubiera sido capaz de matar un insecto; pero en la barricada tiraba sobre los gendarmes sin ningún escrúpulo. Cuando volvía, destrozado, negro por el sudor y la pólvora, se pasaba las horas al lado de su hijita oyéndola respirar. Felicidad ño intentó retenerle ya más; esperaba con la calma de la mujer discreta el fin de todo aquel maremagnum.

No obstante, un día se atrevió á evidenciar que aquel tragalón de Berru que chillaba tanto, no era tan tonto que fuese á las barricadas á recibir algún tiro. Había tenido la habilidad de hacerse nombrar para una buena plaza en la intendencia, lo que no le impedía, cuando ve-

nia de uniforme, lleno de plumeros y galones, el pronunciar discursos que exaltaban á Damour, hablando de fusilar á los ministros, á las Cámaras, á todo Dios, el día en que fuesen á cogernos á Versalles.

Felicidad decía:

—¿Por qué diablos no va él en lugar de mandar á los otros?

Pero Damour replicaba:

—¡Cállate! Yo cumplo con mi deber... Tanto peor para los que no lo cumplen!

Una mañana, hacia fines de Abril, lievaron á Eugenio sobre unas parihuelas á la calle de los Envierges. Había recibido un balazo en pleno pecho, en los Moulineaux. Cuando le subían por la escalera, expiró. Al llegar Damour, por la tarde, encontró á Felicidad, silenciosa al lado del cadáver de su hijo. Fué un golpe terrible; cayó en el suelo, y Felicidad lo dejó sollozar, sentado contra la pared, porque no encontraba palabras de consuelo para él, pues de haber proferido alguna, hubiera sido para decirle: «¡Tú tienes la culpa!» Había cerrado la puerta del gabinete; no quería que el ruido trascendiese, por no asustar á Luisita. Antes miró si los gritos del padre habían despertado á la niña. Cuando Damour se repuso un poco, quedóse mirando durante largo tiempo un retrato de Eugenio, con el uniforme de guardia nacional. Tomó una pluma y escribió al

pie de la fotografía: «¡Te vengaré!», con la fecha y su firma. Esto fué un consuelo. Al siguiente día, un féretro cubierto de banderas rojas condujo el cadáver al Pere-Lachaise, seguido de una multitud inmensa. El padre presidia, con la cabeza descubierta, y á la vista de aquellas banderas, de aquella sangrienta púrpura, su corazón se inundaba de pensamientos feroces. En la calle de los Envierges, Felicidad se había quedado al lado de Luisa. Por la noche Damour se fué á las avanzadas, á matar gendarmes.

Llegaron por fin las jornadas de Mayo. El ejército de Versalles había entrado en París. Damour no volvió durante dos días á su casa; replegóse con su batallón, defendiendo las barricadas entre el fulgor de los incendios. No sabía nada; disparaba su fusil en medio de la humareda, porque tal era su deber. Al amanecer del tercer día se presentó en la calle de los Envierges con la ropa hecha jirones, anhelante, y tambaleándose, como un hombre ebrio. Felicidad lo desnudó y le lavó las manos con una toalla mojada. En esto apareció una vecina diciendo que los comunistas se defendían aún en Pere-Lachaise y que los versalleses no sabían cómo desalojarlos:

—¡Voy allá!—dijo sencillamente—y se vistió otra vez y tomó el fusil. Pero los últimos defensores de la Commune no estaban en el llano, en

los terrenos desnudos, donde dormía Eugenio. Damour tenía la idea, confusa, de hacerse matar sobre la tumba de su hijo, pero no pudo llegar hasta ella. Llegaban obuses rodeando las altas sepulturas. Entre los olmos, ocultos detrás de los mármoles que blanqueaban el sol, algunos guardias nacionales disparaban aún sobre los soldados, de los cuales se veían ascender los pantalones encarnados. Damour llegó precisamente á tiempo de ser cogido. Fueron fusilados treinta y siete compañeros y escapó milagrosamente á aquella justicia sumaria. Como su mujer le había lavado las manos y no tuvo tiempo de hacer fuego, quizás á esta circunstancia debió la vida. Desde aquel momento cayó en un estupor sombrío, barajando en su imaginación todo el horror de aquellos meses. Cuando salió de su imbecilidad se encontraba prisionero en Versalles.

Felicidad fué á verlo, siempre pálida y tranquila. Cuando le dijo que Luisa estaba mejor, guardaron silencio, no encontrando nada que decirse. Al irse, para darle valor, ella le dijo que se ocupaban de su asunto y aún sería posible que lo salvaran. Damour preguntó:

—¿Y Berru?

—¡Oh!—respondió Felicidad—Berru está en seguridad... Voló tres días antes de que entrasen las tropas; no le molestarán.

Un mes más tarde, Damour salió para Nue-

va Caledonia, condenado á deportación simple. Como no tenía ningún grado en las filas, el consejo de guerra le hubiera absuelto, á no confesar él tranquilamente que desde el primer día había hecho fuego desde las barricadas. En su última entrevista dijo á Felicidad:

—Volveré. Espérame con la niña.

Esta era la palabra que conservaba más clara en sus recuerdos, allá, cuando se abismaban sus miradas en el horizonte infinito del mar. La noche le sorprendía muchas veces. A lo lejos, una blanca claridad permanecía mucho tiempo, como el velámen de un barco, agujereando las tinieblas crecientes; y parecíale que debía levantarse y andar sobre las olas, para llegar, por aquel sendero blanco, puesto que prometió que volvería.

II

Damour se portaba bien en Nueva-Caledonia. Había encontrado trabajo y se le hicieron concebir esperanzas acerca de su indulto. Era un hombre de dulce carácter que gustaba de jugar con los niños. No se ocupaba ya de política. Tratábase poco con sus compañeros y vivía solitario; únicamente podía reprochársele que se embriagase de cuando en cuando, y aún así, tenía unas borracheras de buenmuchacho, llorando á lágrima viva y yéndose á la cama

por su propia voluntad. Su indulto, pues, parecía evidente, cuando un día desapareció. Todo el mundo quedóse estupefacto al saber que había huido con cuatro camaradas. Desde hacía dos años, había recibido bastantes cartas de Felicidad, y él le escribía también con bastante frecuencia. Tres meses se pasaron sin noticias. Entonces le entró una desesperación inmensa, ante aquel indulto que quizás sería necesario esperar dos años más; y lo arriesgó todo en una de esas horas de fiebre, de las cuales se arrepiente uno al siguiente día. Una semana más tarde se encontró sobre la costa, á algunas leguas de Numea, una lancha destrozada y los cadáveres de tres fugitivos desnudos y descompuestos ya, entre los que, según afirmación de algunos testigos, se encontraba Damour. El ahogado tenía su misma talla y su misma barba. Después de un expediente sumarísimo, y de cumplir algunas formalidades, se expidió un certificado de defunción, que fué remitido á Francia, á petición de la viuda. Toda la prensa se ocupó de la aventura, y un relato muy dramático de la evasión y de su desenlace pasó de los diarios al mundo entero.

Sin embargo, Damour vivía. Se le había confundido con uno de sus compañeros, y esto era tanto más extraño cuanto que los dos hombres en nada se parecían. Ambos, sencillamente, eran altos y llevaban la barba larga. Damour y

el cuarto evadido, sobrevividos por milagro, se separaron en cuanto llegaron á una tierra inglesa y ya no volvieron á verse. Sin duda, el otro murió de la fiebre amarilla, que por poco no mata también á Damour. Su primer pensamiento fué escribir á Felicidad previniéndola. Pero cayó un periódico en sus manos y allí leyó la noticia de su evasión y de su muerte. Entonces le pareció que escribir una carta era una imprudencia; podían interceptarla, leerla y llegar por ella al conocimiento de la verdad. ¿No era preferible estar muerto para todo el mundo? Nadie se inquietaría más por él; entraría libremente en Francia, en donde esperaría la amnistía para hacerse reconocer. Y entonces fué cuando un terrible ataque de fiebre amarilla le retuvo en un hospital durante algunas semanas entre la vida y la muerte.

Cuando Damour entró en convalecencia, experimentó una invencible pereza. Durante muchos meses estuvo débil y sin voluntad. La fiebre había disipado en él todas las antiguas ilusiones. No deseaba nada... ¿para qué? Las imágenes de Felicidad y Luisa se habían desvanecido. Las veía siempre, pero muy lejos, entre brumas, apareciéndosele como figuras dudosas. Indudablemente, en cuanto estuviese fuerte, iría á buscarlas. Después, cuando se encontró reconstituido, pensó que, antes de ir á encontrar su familia, debería ganar una fortu-

na. ¿Qué haría en París? ¿Morirse de hambre? Tendría que recurrir á sus cinceles y quizás no encontraría trabajo, porque estaba atrozmente envejecido. Al contrario, si iba á América, en algunos meses podía reunir una fortuna de cien mil francos, modesta cifra ante la cual se detenía, en medio de prodigiosas historias en que los millones de francos zumbaban en sus oídos. En una mina de oro que le indicaron, todos los mineros, incluso los más humildes cavadores, arrastraban coche antes del medio año. Había hecho el arreglo de su vida. Entraría en Francia con sus cien mil francos, compraría una casita por el lado de Vincennes y viviría allí con tres ó cuatro mil francos de renta entre Felicidad y Luisa, olvidado, dichoso, ageno á la política. Un mes más tarde, Damour estaba en América.

Entonces empezó una existencia obscura que le impelia al azar, en una oleada de aventuras á la vez extrañas y vulgares. Conoció todas las miserias y tocó todas las fortunas. Tres veces, según creía, tuvo en sus manos aquellos cien mil francos, pero todo se le deslizaba entre los dedos, y en su loca fantasía hasta llegó á imaginarse que le habían robado.

En suma, padeció, trabajó mucho, y por fin se quedó sin camisa. Después de hacer correrías por las cinco partes del mundo, los acontecimientos le llevaron á Inglaterra. De allí se

trasladó á Bruselas, en la misma frontera de Francia. Pero no pensó en entrar allí. Desde su llegada á América, no escribió más á Felicidad. Tres cartas habian quedado sin respuesta; quedó reducido al campo de las hipótesis; ó le interceptaban las cartas, ó su mujer había muerto, ó había marchado de Paris. Transcurrido un año todavía hizo una nueva tentativa inútil. Para no descubrirse si las cartas eran abiertas, escribió con un nombre supuesto, hablándole á Felicidad de un asunto imaginario, contando con que ella conocería la letra y le comprendería. Damour había casi adormecido sus recuerdos. Estaba muerto, no tenía á nadie en el mundo, y nada le atraía. Durante cerca de un año, trabajó en una mina de carbón, bajo tierra, sin ver más el sol, comiendo y durmiendo, sin desear nada de allá arriba.

Una tarde, en una taberna, oyó decir á uno que la amnistía acababa de ser votada y que los comunistas entraban en Francia. Esto le despertó de su letargo. Recibió algo así como una sacudida y experimentó una necesidad invencible, de ir, como los otros, á ver la casita donde vivió, allá, tanto tiempo. Primeramente fué aquel un impulso instintivo. Después, en el vagón que le conducía, su cabeza empezó á divagar; pensaba que podría hoy tomar su sitio á la faz del sol, si encontraba á Felicidad y á Luisa. Remotas esperanzas le subían al cora-

zón; terminó creyendo que iba á encontrarlas muy tranquilas en la calle de los Envierges, con el mantel tendido, en actitud de esperarle. Todo se explicaría, aún la menor mala inteligencia. Iría al municipio, daría su nombre, y el matrimonio reanudaría su vida de antes.

La estación del Norte, en París, estaba llena de una multitud tumultuosa. Se elevaban gritos en cuanto aparecieron los viajeros, reinaba un entusiasmo loco, brazos que agitaban pañuelos y sombreros, y bocas abiertas que ahullaban un nombre.

Damour tuvo miedo un instante; no comprendía nada; imaginóse que toda aquella gente había ido allí para silbarle. Después conoció el nombre que aclamaban, el de un miembro de la Commune, que iba precisamente en el mismo tren, un contumaz ilustre á quien el pueblo hacía una ovación. Damour le vió pasar, muy gordo, con la mirada humilde, sonriente, emocionado ante aquella acogida. Cuando el héroe subió á un fiacre, la multitud hablaba de desenganchar los caballos. La gente se estrujaba; la oleada humana se precipitó en la calle de Lafayette, y vióse un mar de cabezas, entre las cuales se divisó el fiacre, durante mucho tiempo, como un carro de triunfo. Y Damour, empujado, asfixiado, á costa de mil esfuerzos, pudo ganar los boulevares exteriores. Nadie se fijó en él. Todos sus sufrimientos, Versailles, la

travesía, le volvieron á la memoria como una bocanada de amargura.

Pero, en aquellos boulevares, le sobrevino un enternecimiento. Lo olvidó todo; parecióle que venía de tomar trabajo en París, y volvía tranquilamente á la calle de los Envierges. Se colmaban diez años de su existencia, tan repletos y tan confusos que le parecieron, detrás de él, como una simple prolongación del arroyo. Sin embargo, experimentó algún asombro, en aquellos hábitos de antaño, en los cuales entraba con tanta sencillez. Los boulevares exteriores parecieronle más anchos; se detuvo para leer los rótulos de las calles, sorprendido de verlos allí. Aquella no era en verdad la franca alegría de poner un pie sobre aquel rincón de una tierra añorada; era una mezcla de ternura donde cantaban estribillos de romance, sordas inquietudes, la inquietud de lo desconocido, delante de aquellas antiguas cosas conocidas que encontraba. Su turbación aumentó á medida que se aproximaba á la calle de los Envierges. Se sentía desfallecer y tuvo deseos de no ir más allá; como si le esperase una catástrofe. ¿Por qué volvía? ¿Qué iba á hacer allí?

En fin, en la calle de los Envierges, pasó tres veces por delante de su casa sin decidirse á entrar. La carbonería, que estaba enfrente, había desaparecido; ahora se veía allí un puesto de fruta; y la mujer que estaba en la puerta le pa-

reció tan distinguida, tan dentro de sí misma, que no se atrevió á interrogarla, como había pensado en un principio. Prefirió arriesgarse yéndose derechamente al kiosco del portero.

—¿Madama Damour, si me hace usted el favor?—preguntó.

—No la conozco... No vive aquí.

Se quedó inmóvil. En vez de la portera de aquel tiempo, una mujer enorme, tenía delante á una mujercilla seca, biliosa, que le miraba con aire desconfiado.

—Madama Damour vivía al fondo, hacía diez años...

—¡Diez años!—exclamó la portera.—¡Apenas ha llovido desde entonces! Nosotros estamos desde enero de este año.

—Puede haber dejado sus señas...

—No. No la conocemos.

Y como aún vacilase, la mujercilla amenazó con llamar á su marido.

—¿Acabará usted de curiosear la casa? Hay unas gentes por ahí...

Enrojeció y retiróse balbuceando, avergonzado de su pantalón deshilachado y su vieja blusa. Sobre la acera, ibase con la cabeza baja; después, volvió, porque no podía decidirse á marcharse de aquél modo.

Era como un adiós eterno que lo despedazaba. Tendrían piedad de él y le harían alguna indicación.

Levantó los ojos, miró las ventanas, examinó las tiendas, tratando de reconocerlas. En aquellas pobres habitaciones donde caen los deshau-cios como granizo, diez años habían bastado para un cambio casi total de inquilinos. Por otra parte, le quedaba una prudencia mezclada de vergüenza, una especie de espanto salvaje, que le hacía temblar ante la idea de ser reconocido.

Cuando descendía por la calle, advirtió al fin, algunas caras conocidas; la tienda del tabaco, un droguero, la planchadora y la panadera que les proveía entonces. Dudó, durante un buen cuarto de hora, paseándose por delante de las tiendas, preguntándose en cuál entraría, lleno de sudor, tal era la lucha que se libraba en su interior. Con el corazón desfallecido se decidió por la panadera, una mujer que dormitaba, siempre blanca como si acabase de salir de un saco de harina. Miróle y no hizo ningún movimiento. Verdaderamente no le reconocía con su cara atezada, su cráneo desnudo y la barba que le comía la mitad de la cara. Esto le dió algún atrevimiento, y pagando un panecillo, osó preguntar:

—Entre sus clientes ¿no recuerda usted una mujer que tenía una niña, madama Damour?

La panadera quedóse pensativa, y después:

—¡Ah! Sí... será posible—dijo—pero hace mucho tiempo. No he sabido ya... ¡Conoce una tanta gente!

Y tuvo que contentarse con aquella respuesta. Los siguientes días, volvió más determinado, preguntando en todas partes; pero en todas partes encontró la misma indiferencia, el mismo olvido, con informes contradictorios que le desorientaban cada vez más. En suma, lo que parecía más cierto era que Felicidad dejó el barrié unos dos años después de su viaje á Nueva Caledonia por el mismo tiempo que él se evadía. Pero nadie pudo darle su dirección; unos decían que en Gros-Caillón, otros que en Berey. No recordaban tampoco á la niña. Aquello se había acabado; sentóse sobre un banco del bulevar exterior y se echó á llorar como un niño diciéndose que no trataría ya de saber nada. ¿Qué iba á ser de él? París le pareció vacío. Los pocos cuartos que le habían permitido llegar á Francia, se agotaban.

Tuvo la idea de volver á Bélgica, á su mina de carbón, donde había tanta obscuridad y donde vivió sin un recuerdo, dichoso como una bestia... y sin embargo, se quedó, y se quedó miserable, hambriento, sin poder encontrar trabajo.

En todas partes lo rechazaban, encontrándole demasiado viejo. No tenía más que cincuenta y cinco años, pero aparentaba sesenta; de tal modo le habían puesto los sufrimientos de diez años. Rondaba como un lobo; iba á los canteros que trabajaban en los monumentos incendiados

por la Commune y buscaba algún quehacer de los que se confían á los niños y á las mujeres. Un marmolista que trabajaba en la Casa del Ayuntamiento prometióle que lo ocuparía para guardar las herramientas; pero la promesa tardaba en cumplirse y el infeliz se moría de hambre,

Un día, que sobre el puente de Notre-Dame, miraba correr el agua con ese vértigo que atrae los pobres al suicidio, se arrancó violentamente de la barandilla, y, en este movimiento, tropezó con un transeunte, un buen mozo de blusa blanca, que se puso á injuriarle.

—¡Bruto consagrado!

Pero Damour se quedó con la boca abierta y los ojos fijos en aquel hombre.

—¡Berru!—gritó por fin.

Era en efecto Berru, Berru rejuvenecido, con la cara senrosada. Después de su regreso, Damour, había pensado en él algunas veces, ¿pero dónde encontrar al camarada que cambiaba de alojamiento cada quince días? Sin embargo, el artista enarcó los ojos; y cuando el otro se nombró, con la voz trémula, rehusando creerlo, dijo:

—¡No es posible... es un bromazo!

Y no obstante tuvo que convencerse con mil exclamaciones que hacían volver la cabeza á los transeuntes.

—¡Pero tú estás muerto!... ¿Cómo diablos me

había de esperar todo eso? No se embroma á la gente así. . Veamos, veamos, ¿estás seguro de que vives?

Damour hablaba en voz baja suplicándole que se callase. Berru, que en el fondo encontraba esto muy divertido, acabó por cojerle del brazo, metiéndolo en una tienda de vinos de la calle de Saint-Martin. Y allí lo colmó á preguntas. Quería saber qué había sido de su vida.

—Pronto lo sabrás—contestóle Damour cuando estuvieron sentados en su gabinetito.—Ante todo, ¿dónde está mi mujer?

Berru le miró con aire estupefacto.

—¿Cómo, tu mujer?

—Sí... ¿dónde está? ¿Sabes sus señas?

La estupefacción del pintor aumentaba. Contestó lentamente:

—Si que sé las señas... pero ¿no sabes tú la historia?

—¿Qué historia?

Entonces Berru explotó:

—¡Ah! Esta es buena... ¿Cómo? ¿Tú no sabes nada? ¡Tu mujer se ha vuelto á casar, viejo mio!

Damour que tenía el vaso levantado, lo dejó sobre la mesa, presa de tal temblor que el vino le cayó por los dedos. Enjugólos con su blusa y repitió con voz sorda:

—¿Qué es lo que dices?... ¡Casada... casada... ¿Estás seguro?

—¡Diantre! Te habías muerto, y se volvió á casar... nada hay de raro ahí... Lo verdaderamente raro es que tú resucitas ahora.

Y mientras el pobre hombre permanecía pálido, con los labios trémulos, el pintor le dió detalles. Felicia, hoy, era muy dichosa. Se había casado con un carnicero de la calle de los Frailes, en Batignolles, un viudo cuyos negocios manejaba ella admirablemente. Sagnard, el carnicero se llamaba Sagnard, era un gordinflón de sesenta años, pero muy bien conservado. En la esquina de la calle Nollet, la tienda, una de las más acreditadas del barrio, tenía el frontis pintado de rojo con cabezas de toro doradas á los dos lados de la tienda.

—¿Y qué vas ha hacer tú?—preguntaba Berru detrás de cada párrafo.

El desgraciado, á quien aturdió la descripción de la tienda, respondía haciendo con la mano un gesto vago.

—¿Y Luisa?—preguntó de pronto.

—¿La niña?... no lo sé. La habrán puesto en alguna parte para desembarazarse de ella... porque no la he visto con ellos nunca... Verdad es; podían dejarte la niña, puesto que para nada la necesitan. Sin embargo, ¿qué harás con unas muchacha de veinte años, tú que no tienes aire de derrochar el dinero? ¿Eh? sin ofenderte puedo decirte que cualquiera te daría cinco céntimos en la calle.

Damour había bajado la cabeza, ahogado, no encontrando una palabra.

— ¡Veamos, qué diablo! Puesto que vives, muévete un poco. No está perdido todo y puede arreglarse... ¿Qué piensas hacer?

Y los dos amigos se abismaron en una discusión interminable, donde se aducían siempre los mismos argumentos. Lo que no contó el pintor es que él tan pronto como el deportado salió para Nueva Caledonia, había tratado de arreglarse con Felicidad, cuyas anchas espaldas le seducían. Por lo cual guardaba contra la novel carnicera un sordo rencor, debido á su predilección por Sagnard, por su fortuna, sin duda. Cuando hubo pedido un tercer litro, exclamó:

— Yo, en tu lugar, iría á verlos, me instalaría allí, y pondría á Sagnard en la puerta, si me fastidiaba mucho... Tú eres el amo. Después de todo la ley está contigo.

Poco á poco, Damour iba sintiendo los efectos del vino que hacía subir llamaradas á sus lividas mejillas. Repetía que él haría lo que mejor le pareciese. Pero Berru le impelia, le golpeaba las espaldas y le impulsaba á la venganza. ¡Seguramente se vengaría! ¡Había amado tanto á aquella mujer! La quería aún lo bastante para prender fuego á París con tal de volver á verla! ¿Qué esperaba pues? Puesto que era de él, no tenía más que el trabajo de volverla á tomar.

Los dos hombres, bastante borrachos, hablaban á la vez gesticulando violentamente.

—¡Voy allí—dijo de pronto Damour poniéndose de pie penosamente.

—¡Enhorabuena!—gritó Berru.—Yo voy contigo.

Y marcharon hacia Batignolles.

III

En la esquina que forman las calles de los Frailes y de Nollet, la tienda, con su frontis rojo y sus cabezas de toro doradas, tenía un aire muy distinguido. Cuartos de buey estaban suspendidos de los garfios, sobre blancos lienzos, en tanto que hileras de filetes en cucuruchos de papel bordado, como ramilletes, hacían de guirnaldas. Había pequeñas pirámides de carne sobre las mesas de mármol, pedazos cortados artísticamente, la ternera rosada, el carnero púrpura, el buey escarlata, entre las grasas jaspeadas. Dos barreños de cobre, la flecha de unas balanzas, los garfios de un aparador reluciente. Había una abundancia, una difusión de salud, en la tienda, pavimentada de mármol, abierta á pleno sol y un rico olor de carne fresca que semejaba henchir de sangre las mejillas de todos los habitantes de la casa.

En el fondo, y frente á la calle, Felicidad ocu-

paba un alto escritorio, donde algunos cristales la protegían de las corrientes de aire. Allí dentro, entre los alegres reflejos rojos de la tienda, estaba fresca, con esa frescura plena y madura de las mujeres que han pasado de los cuarenta. Limpia, con sus trenzas negras partidas sobre la frente y su cuello blanquísimo, tenía la gravedad sonriente de un buen comerciante, que, con una mano asida á la pluma, y la otra en el cajón del escritorio, representa la honradez y la prosperidad de una casa. Algunos mozos cortaban, pesaban y decían las cantidades en alta voz; los clientes desfilaban delante del escritorio; y recibía el dinero, cambiando amables frases con sus parroquianos.

Una mujer pequeñita de cara enfermiza, pagaba dos chuletas, que miraba con aire dolorido.

—Setenta y cinco céntimos—dijo Felicidad—
¿No se encuentra usted mejor, madame Vernier?

—No; eso no marcha... siempre este estómago... Arrojo todo cuanto como. El médico dice que necesito carne, pero es tan cara... ¿Sabe usted que el carbonero murió?

—¿Es posible?

—No ha muerto del estómago... sino del vientre... ¡Dos chuletitas setenta y cinco céntimos! La gallina es menos cara.

—¡Caramba! No es culpa nuestra, madame

Vernier. Ni yo sé cómo podemos vivir... ¿Qué pasa, Carlos?

Mientras hablaba y devolvía el cambio, echó una ojeada en la tienda y vió que un mozo hablaba con dos hombres en la acera. Como el mozo no la oyese, levantó un poco la voz.

—Carlos, ¿qué desean?

Pero no oyó la respuesta. Había reconocido á uno de los hombres que entraban, el que iba delante.

—¡Ah, es V., M. Berru!

Y no parecía muy satisfecha, pintándose en sus labios una sonrisita de desprecio. Los dos camaradas, de la calle Saint-Martin á Batignolles, habían hecho muchas estaciones en las tabernas del tránsito, pues el camino era largo y tenían la boca seca á fuerza de hablar fuerte y discutir sin cesar. Así, pues, parecían bastante embriagados.

Damour recibió un golpe en el corazón, en la acera de enfrente, cuando Berru, con un gesto brusco, le había mostrado á Felicidad, tan bella y tan joven, entre los cristales del escritorio, diciéndole: «¡Ahí la tienes!»... No era posible... aquella debía de ser Luisa, que se parecía mucho á su madre, porque seguramente Felicidad estaba más envejecida, y toda aquella tienda lujosa, las carnes que sangraban, los metales que resplandecían, después aquella mujer tan aseada, de aire burgués, la mano so-

bre un montón de plata, todo esto le quitaba la cólera y la audacia, causándole un verdadero miedo. Tuvo un gran deseo de echar á correr, lleno de vergüenza, palideciendo á la idea de entrar allí dentro. Jamás aquella dama consentiría hoy en volverlo á tomar como marido, á él, con aquella cara imposible, sus barbas erizadas y su blusa miserable. Volvió los talones, é iba á perderse por la calle de los Frailes, para que ni aun se apercibiesen, Cuando Berru le detuvo.

—¡Trueno de Dios! ¡Tú no tienes sangre en las venas... En tu lugar haría yo danzar al burgués... y no me iré sin que partamos..... al menos la mitad de los filetes...

¡Andando, pollo mojado!

Y obligó á Damour á que atravesase la calle. Después preguntó al mozo si estaba allí M. Sagnard, y al saber que el comerciante se encontraba en el matadero, entró él primero para precipitar las cosas.

Damour le siguió con un aire imbécil.

—¿Qué se le ofrecía á usted, M. Berru?—preguntó con voz poco amistosa.

—No soy yo... es este camarada quien tiene algo que decirle.

Se retiró un poco y dejó á Damour enfrente de Felicidad. Esta le miró; él estaba sufriendo mil torturas, con los ojos bajos. Felicidad hizo una mueca de disgusto; su tranquila y feliz fi-

sonomía expresó una especie de repulsión por aquel viejo borracho que olía á mendicidad. Pero le estuvo mirando fijamente... y de pronto, sin que hubiesen cambiado ni una palabra, tornóse pálida, ahogando un grito y dejando caer las monedas que tenía en la mano, produciendo un tintineo claro en el cajón.

—¿Qué pasa? ¿se siente usted enferma?—preguntó madama Vernier que se había quedado por curiosidad.

Felicidad hizo un gesto con la mano para apartar á todo el mundo.

Le era imposible hablar. Con un movimiento premioso, se puso de pie y marchó hacia el comedor, al fondo de la tienda. Sin que dijese nada de seguirla, los dos hombres desaparecieron detrás de ella, Berru bromeando y Damour con los ojos siempre fijos sobre las losas cubiertas de serrín, como si tuviera miedo de caer.

—¡Es raro todo esto!—dijo madama Vernier en cuanto se quedó sola con los mozos. Estos habían cesado de cortar y pesar, mirándose sorprendidos. Pero bien pronto reanudaron su faena.

En el comedor, Felicidad no se creyó aún bastante sola. Empujó una segunda puerta é hizo entrar en su cuarto dormitorio á los dos hombres. Era aquella una habitación muy aseada, silenciosa, con cortinas blancas en la cama y en las ventanas, un reloj dorado, muebles de caoba

cuyo barniz brillaba sin un grano de polvo. Felicidad se dejó caer en un sillón, repitiendo sin cesar:

—¡Es usted... es usted!

Damour no encontraba una frase que decir. Examinaba el cuarto sin atreverse á coger una silla, pues le parecían demasiado hermosas.

Pero Berru comenzó:

—Hace quince días que la busca á usted... Me ha encontrado y yo le he traído.

Después, como si hubiese experimentado la necesidad de excusarse:

—Como usted comprenderá—dijo—no he podido negarme. Es un antiguo camarada y me ha dado un vuelco mi corazón cuando le he visto en la calle en ese estado.

Felicidad se repuso algún tanto.

Era la más razonable y la mejor dispuesta. Quiso salir de una situación intolerable y entabló la terrible explicación.

—Veamos Jacobo, ¿qué deseas?

Damour no respondió.

—Es verdad—continuó ella—que me he vuelto á casar. Pero no hay falta en ello, tú lo sabes. Te creí muerto y nada has hecho para sacarme del error.

Damour habló por fin.

—Te he escrito—dijo.

—Y yo te juro que no he recibido tus cartas.

Me conoces y sabes que jamás he mentido. Toma, aquí tengo el acta de tu defunción.

Abrió un secreter y sacó un papel con mano febril que entregó á Damour, quien se puso á leer con aire estúpido. Era su acta de defunción.

Felicidad añadió:

—Entonces me vi sola y cedi al ofrecimiento de un hombre que quiso sacarme de la miseria... He aquí toda mi falta. Me dejé tentar por el pensamiento de ser dichosa y esto no es un crimen ¿verdad?

Jacobo escuchaba, con la cabeza baja, más humilde y más embarazado que su mujer. Sin embargo levantó los ojos.

—¿Y mi hija?—preguntó.

—¿Tu hija?—contestó Felicidad temblando.

—No he sabido nada... no está conmigo.

—¿Cómo?

—Sí; la puse en casa de mi tía... Se escapó de allí... creo que lleva mala vida.

Damour permaneció mudo un instante con aire muy tranquilo, como si no hubiese comprendido. Después, bruscamente, pegó un puñetazo sobre la cómoda, con tal violencia, que una caja de conchas bailó en medio del mármol. Pero no tuvo tiempo para hablar, porque dos niños, uno de seis años y otro de cuatro, acababan de abrir la puerta y arrojarle al cuello de Felicidad con una explosión de gozo.

—Buenos días, mamita; hemos ido al jardín,

allá bajo, al extremo de la calle... Francisca ha dicho enseguida que teníamos que venir... ¡Si tú supieras cuánta agua hay allí, y cuántos pollitos en el agua!...

— Está bien, dejadme — dijo la madre rudamente.

Y llamando á la criada:

—Francisca, llévase usted á los niños.

Estos se retiraron, con el corazón oprimido, en tanto que la criada, herida por el tono de su ama, se enojó, llevándolos delante de sí. Felicidad tuvo un miedo loco de que Jacobo intentase robarle los niños; podía echárselos sobre la espalda y escapar. Berru, á quien no habían convidado á sentarse, se tendió tranquilamente sobre el otro sillón, después de haber murmurado al oído de su amigo:

—¡Los pequeños Sagnard! ¿Eh?... Esto medra pronto... la semilla burguesa.

Cuando la puerta se cerró otra vez, Damour pegó otro puñetazo sobre la cómoda, gritando:

—No es esto todo; me hace falta mi hija, y vengo por ti.

Felicidad se quedó helada.

—Siéntate y hablemos—dijo.—No adelantaremos nada armando escándalo... ¿Así, pues, tú vienes á buscarme?

—Sí; y vas á seguirme enseguida. Soy tu marido, el único... ¡Conozco mis derechos! ¿No es verdad, Berru, que estoy en mi derecho? An-

dando, pues; ponte un mantón y sigueme, si no quieres que todo el mundo se entere de nuestros asuntos.

Felicidad le miraba, y á pesar suyo, su cara trastornada decia bien claramente que no le amaba ya, que le espantaba y que sólo disgusto le inspiraba aquella pobreza y aquella vejez de mendigo. ¡Cómo! ¡Ella, tan blanca, tan aseada, acostumbrada hoy á todas las dulzuras de la vida burguesa, empezaría de nuevo aquella existencia perra de antaño, en compañía de un hombre que parecía un espectro!

—¿Rehusas?—repuso Jacobo que había leído en los ojos de su mujer.—Ya comprendo; te has acostumbrado á la vida de señora de escritorio; y yo no tengo una hermosa tienda, ni cajón lleno de dinero donde puedas palpar á tus anchas... Después están los pequeñuelos, que pareces dispuesta á guardar mejor que has guardado á Luisa... ¡Cuando se ha perdido á la hija es natural burlarse del padre! Pero todo esto me es igual. Quiero que vengas y vendrás, ó voy á casa del comisario para que te traigan conmigo los gendarmes... ¿Estoy en mi derecho, Berru?

El pintor afirmó con una indicación de cabeza. Aquella escena le divertía mucho. Sin embargo, cuando vió á Damour furioso, emborrachándose con sus propias palabras, y á Felicidad, con las fuerzas agotadas, próxima á desfallecer, creyó

de su deber desempeñar un papel airoso. Intervino diciendo con un tono sentencioso:

—Sí, sí, estás en tu derecho: pero es preciso ver, reflexionar... Yo me conduzco siempre de una manera decente... Antes de decidir nada, sería conveniente hablar con M. Sagnard, y puesto que él no está aquí ahora...

Se interrumpió y continuó luego, con acento donde se reflejaba una falsa emoción.

—Solamente que el camarada está apremiado. Es durísimo esperar cuando se está en su situación... ¡Ah, señora! ¡Si usted supiera cuánto ha sufrido! Y ahora, ningún auxilio, muerto de hambre, rechazado de todas partes!... Cuando le encontré hace unas horas no había comido desde ayer.

Felicidad, pasando del temor á un brusco enternecimiento, no pudo contenerlas lágrimas que la ahogaban y se la escapó una exclamación.

—¡Perdóname, Jacobo!

Y cuando pudo continuar:

—Lo hecho no tiene remedio. Pero no quiero que seas desgraciado... Déjame que te ayude.

Damour hizo un violento gesto.

—Seguramente—dijo Berru con viveza—la casa está demasiado bien provista para que tu mujer te deje con el vientre vacío... Es natural que tú rehuses dinero, pero bien puedes aceptar un regalillo. ¿No es eso, señora?

—Todo cuanto quiera—M. Berru.

Pero Damour tornó á golpear la cómoda gritando:

—¡Gracias, yo no como de ese pan!

Y luego mirando á su mujer en los ojos:

—¡Es á ti sólo á quien quiero y te tendré!...

Guárdate tu casa.

Felicidad había retrocedido vuelta á su repugnancia y á su espanto. Damour, entonces se puso terrible, hablando de romperlo todo y lanzando las acusaciones más abominables. Quería saber la dirección de su hija; sacudía á su mujer en el sillón, gritándole que había vendido á su hija; y la infeliz mujer, sin defenderse, con el estupor de todo lo que le pasaba, repetía, con una voz lenta, que ignoraba su paradero; pero que seguramente le dirían en la Prefectura de Policía. En fin, Damour, que se había instalado en una silla, de donde juraba que ni el mismo diablo le levantaría, levantóse bruscamente, y después de un último puñetazo, más violento que los anteriores:

—¡Pues bien —exclamó— truenos y rayos! Yo me voy... Sí, me voy, porque así me parece. Pero tú no perderás nada con esperar... Vendré aquí cuando esté aquí tu marido, y yo os arreglaré, á él, á ti, á los monigotes y á toda la sagrada familia... ¡Espérame y ya verás!

Y salió amenazando con el puño. En el fondo estaba contento de acabar así. Berru, que se

había quedado detrás, encantado por estar en aquellos lios, dijo con tono conciliador:

—No tenga usted cuidado, que no le dejo. Hay que evitar una desgracia. Y se enardecíó hasta el punto de cogerle una mano á Felicidad depositando en ella un beso. Esta le dejó hacer sin oponer resistencia, estaba anonadada. Si Jacobo la hubiese cogido por un brazo, se hubiese ido con él. Sin embargo, oyó los pasos de los dos hombres que atravesaban la tienda. Un mozo cortaba á cuchillazos un cuarto de carnero. Entonces su instinto de buena comerciante la condujo al escritorio, y en medio de los claros cristales, muy pálida, pero muy tranquila, como si nada hubiese pasado:

—¿Cuánto hay que cobrar?

—Siete francos cincuenta...

Y dió el cambio del dinero.

IV

Al siguiente día Damour tuvo una buena impresión: el marmolista le hizo entrar como vigilante en las obras de la casa del Ayuntamiento. Y así fué cómo vigiló sobre un monumento que él ayudó á quemar diez años antes. Era aquel un trabajo no fatigoso, una de esas ocupaciones sedentarias que embrutecen. Por la noche rondaba al pie de los andamios, escuchando los

ruidos y durmiéndose bastantes veces encima de los sacos de yeso. No habló ya de ir á Batignoles. Un día, sin embargo, habiéndole convidado Berru á almorzar, gritó, á la tercera botella, que el gran golpe era para el siguiente día. Pero al siguiente día no se movió de su trabajo. Aquello se hizo habitual; no se enfurecía ni reclamaba sus derechos sino cuando estaba embriagado. Cuando estaba sereno permanecía sombrío, preocupado y como avergonzado. El pintor había concluido por burlársele, diciendo que no era un hombre. Pero él permanecía grave.

—¡Habrá que matarlos entonces!... ¡Espero que llegue ese día!..

Un día llegó hasta la plaza de Moncey; después de haber permanecido una hora sentado en un banco, volvió á su obra. Durante el día, creyó haber visto pasar á su hija por delante de la Casa de la Ciudad, reclinada sobre los cogines de un landó soberbio. Berru prometióle investigar alguna cosa, pero él rehusó. ¿A qué santo saber de su hija? Sin embargo, aquel pensamiento de que pudiese ser su hija aquella hermosa mujer, tan elegante, que había entrevisto al trote de dos fogosos caballos blancos, le trastornaba el corazón. Aumentó su tristeza. Compró un cuchillo y se lo enseñó á su camarada, diciéndole que era para degollar al carnicero. La frase le gustó y bromeaba sobre ella; la repetía continuamente, diciendo:

—Degollaré al carnicero... A cada uno su vez, ¿no es verdad?

Berru, entonces, lo tenía horas enteras en una taberna de la calle del Temple, para convencerle de que no debía degollar á nadie. Aquello era estúpido, porque no resultaba nada práctico, se perdía un hombre. Le cogía las manos y le exigía el juramento de no echar sobre sus espaldas un mal negocio. Damour repetía obstinadamente:

—No, no; á cada uno su vez... Degollaré al carnicero.

Pasaban los días y no lo degollaba.

Se produjo un acontecimiento que pareció deber precipitar la catástrofe. Le despidieron de la obra por incapaz; durante una noche tempestuosa se quedó dormido y le robaron unas herramientas. Desde entonces empezó á darse unos atracones de hambre de mayor cuantía; arrastrándose por los arroyos, demasiado orgulloso todavía para mendigar, mirando con ojos desmesurados los aparadores de los colmados. Y la miseria le aplastaba en lugar de excitarle. Encorvó las espaldas, hundiéndose en sus tristes reflexiones. Se hubiera dicho que no se atrevía á presentarse en Batignolles, ahora, que carecía de una blusa limpia.

En Batignolles, Felicidad vivía en continuas alarmas. La tarde de la visita de Damour, no quiso contar el incidente á Sagnard; después,

al otro día, atormentada por su silencio de la vispera, sintió una especie de remordimiento y no encontró valor para decir una palabra. Así, temblaba siempre, creyendo ver entrar á su marido é imaginándose escenas atroces. Lo peor era que en la tienda habían oído alguna cosa, porque los dependientes bromeaban, y, cuando madame Vernier venia por las dos chuletitas, tenia una manera mortificante de entregar sus setenta y cinco céntimos. En fin, una noche, Felicidad se echó al cuello de Sagnard y se lo confesó todo sollozando. Le repitió lo que habia dicho á Damour; no era culpa suya, porque la gente, cuando se muere, no debia resucitar. Sagnard, aún muy verde para sus sesenta años, y que era un hombre muy agradable, la consoló. La cosa era un poco extraordinaria, pero se arreglaría. ¿No se arregla todo en el mundo? Se verían, hablarían. La historia le interesaba, hasta el punto de que ocho días más tarde, como Damour no apareciese, le dijo á su mujer:

—¿Y bien? ¿Es que nos deja?... Si tú supieras su dirección, iría yo á verle, y después, como Felicidad le suplicase que se estuviese tranquilo:

—Pero, hija mía—añadió—es para tranquilizarte... Veo perfectamente que estás sufriendo... Es preciso acabar.

Felicidad enflaquecía efectivamente, bajo la

amenaza de un drama, cuya tardanza aumentaba su angustia. Un día, en fin, el carnicero estaba reprendiendo á un mozo que había olvidado cambiar el agua á una cabeza de vaca, cuando entró su mujer lívida, balbuceando:

—¡Aquí viene!

—¡Ah... muy bien!—dijo Sagnard calmándose súbitamente.—Hazle entrar en el comedor.

Y, sin apresurarse, volviéndose hacia el mozo:

—Lávela usted con varias aguas, eso envenenaría.

Se fué al comedor donde encontró á Damour y Berru. Aquel día iban juntos por una casualidad. Berru había encontrado á Damour en la calle de Clichy; no le veía ya con tanta frecuencia, fastidiado de su miseria. Pero cuando supo que su camarada iba á la calle de los Frailes, le dirigió mil reproches, pues aquel asunto era también suyo. Había empezado á sermonearle, gritando que él le impediría cometer tonterías, cerrándole el paso y pidiéndole el cuchillo.

Damour se encogió de hombros, con aire obstinado, teniendo su idea que no decía. A todas las observaciones del otro, contestaba:

—Ven si quieres; pero no me fastidies.

En el comedor, Sagnard dejó á los dos hombres de pie. Felicidad había escapado llevándose los niños; y, detrás de la puerta, cerrada con llave y cerrojo, permaneció sentada, desorien-

tada; apretando contra ella á sus hijos como para defenderles. Sin embargo, con el oído fijo, ansiosa, no oyó nada todavía; pues los dos maridos, en la pieza vecina, experimentaban gran embarazo y se miraban en silencio.

—¿De modo que es usted?—acabó por preguntar Sagnard, por decir algo.

—¡Sí; soy yo!—respondió Damour.

Encontró á Sagnard muy distinguido y se sintió pequeño á su lado. El carnicero no representaba más allá de cincuenta años; era un hombre guapo, de rostro fresco, el cabello cortado á rape, y sin barba. En mangas de camisa, envuelto en un gran delantal blanco, que resplandecía como la nieve, tenía un aire de alegría y juventud que atraía.

—Es que—repuso Damour vacilando—no era á usted á quien quería hablar, sino á Felicidad.

Entonces Sagnard recobró todo su aplomo.

—Veamos, camarada, expliquémonos. ¡Qué diablos! No tenemos nada que echarnos en cara ni uno ni otro. ¿Por qué devorarse cuando la culpa no es de ninguno de los dos?

Damour, con la cabeza inclinada, miraba obstinadamente uno de los pies de la mesa. Con voz sorda murmuró:

—No quiero nada con usted; déjeme usted en paz... Es á Felicidad á quien quiero hablar.

—Eso sí que no... no hablará usted con ella—dijo tranquilamente el carnicero.—No quiero

que me la ponga usted enferma come el otro día. Podemos hablar perfectamente sin ella. Por otra parte, si es usted juicioso, todo irá bien. Puesto que usted dice que la ama, fijese en su posición, reflexione, y obre en consecuencia...

—¡Cállese usted!—interrumpió el otro, asaltado por un acceso de brusca rabia.—¡No se ocupe usted de nada ó esto acabará de mala manera!

Berru, imaginando que Damour iba á sacar el cuchillo de la faltriquera se interpuso entre los dos rivales, aparentando gran ansiedad. Damour le rechazó diciendo:

—¡Déjame en paz tú también!... ¿De qué tienes miedo? ¡Eres un estúpido!

—¡Calma!—repetía Sagnard.—Cuando uno se encoleriza no sabe lo que se hace... Escuche usted, si llamo á Felicidad, prométame usted ser prudente, pues ya sabe usted que es muy sensible... y nuestro objeto no es matarla. ¿Se portará usted bien?

—¡Si hubiera venido á portarme mal hubiera empezado por estrangularle á usted con toda su palabrería.

Y dijo esto con un tono tan profundo y tan doloroso que el carnicero sintió una emoción profunda.

—Entonces—dijo—voy á llamar á Felicidad. ¡Oh yo soy muy justo, y comprendo que quiere

usted discutir el asunto con ella! Está usted en su derecho.

Fué hacia la puerta y llamó.

—¡Felicidad!... Felicidad!...

Después, como nadie se moviese, como Felicidad, helada ante la idea de esta entrevista, permaneciese acurrucada en la silla, apretando con mayor fuerza á sus hijos contra su pecho, Sagnard se impacientó.

—¡Vamos... Felicidad!— gritó—no seas tonta, M. Damour quiere hablarte.

Ultimamente sonó la llave; apareció y cerró cuidadosamente la puerta, para dejar encerrados á sus hijos. Se hizo un nuevo silencio, más embarazoso que el anterior. Aquel era el golpe de gracia; como decía Berru.

Damour habló finalmente con frases que se entrecortaban, en tanto que Sagnard, de pie delante de la ventana, levantando con el índice una de las cortinillas, miraba hacia fuera, para demostrar que era hombre de mundo.

—Escucha, Felicidad, ya sabes qué jamás he sido embustero. Eso, tú puedes decirlo... Pues bien... en esta ocasión no empezaría á serlo. Mi primera idea fué asesinaros á todos. Después me he preguntado qué adelantaría con eso... Prefiero dejarte dueña de la elección. Haremos lo que tú quieras. Si; puesto que los tribunales nada pueden hacer aquí para resol-

ver en justicia, tú elegirás al marido que más te guste. Responde... ¿a quién eliges?

Pero Felicidad no pudo responder. La emoción la sofocaba.

—Está bien—repuso Damour con la misma voz sorda—te vas con el... Cuando vine aquí sabía de antemano el desenlace. No te odio por eso, y después de todo te doy la razón. Yo he acabado, no soy nada, tú no me quieres; en tanto que él te hace dichosa, sin contar que tenéis dos pequeñuelos...

Felicidad sollozaba, afligida.

—Haces mal en llorar; estos no son reproches. Las cosas han venido así, eso es todo... He querido verte otra vez para decirte que podías dormir tranquila. Ahora que has escogido, no te molestaré más... se acabó; no oirás hablar más de mí...

Y dirigióse hacia la puerta, pero Sagnard, muy afectado, le cerró el paso gritando:

—¡Ah! Es usted un hombre cabal!... y no es posible que nos deje usted de ese modo. Comerá usted con nosotros.

Berru, sorprendido de aquel pacífico desenlace, se escandalizó al oír que su camarada rehusaba la invitación.

—Al menos, beberemos un trago—repuso el carnicero.—¡Aceptará usted un vaso de vino con nosotros, qué diablos!

Damour no aceptó de pronto. Paseó una lenta

mirada alrededor del comedor, un comedor muy bonito, con muebles de roble barnizado; después detuvo sus ojos sobre Felicidad, que se lo suplicaba, bañado el rostro en lágrimas, y dijo:

—Sí; al momento.

Entonces Sagnard, encantado, gritó:

—¡Vasos, Felicidad! No necesitamos que nos sirva la criada... Cuatro vasos. Es preciso que tú también trinques.—¡Ah, camarada! Me ha dado usted un gran placer aceptando... porque yo aprecio mucho los corazones grandes, y usted tiene un gran corazón, respondo de ello.

Entretanto Felicidad, con nerviosa mano, buscaba vasos y una botella en el aparador. Tenía como perdida la cabeza y no encontraba nada. Fué necesario que Sagnard la ayudase. Después, cuando estuvieron los vasos sobre la mesa, llenos de vino, brindaron los comensales. Damour, frente á Felicidad, debió alargar el brazo para tocar el vaso de esta. Ambos se miraron, mudos, con el pasado en los ojos. Ella temblaba de tal modo, que se oyó el tintineo del cristal, como el castañeteo de los dientes en los escalofríos tercianarios. Ya no se tutearon, estaban como muertos no viviendo sino en el recuerdo.

—¡A la de usted!

Y, en tanto que bebían los cuatro, las voces de los niños resonaron en la estancia inmediata.

ta... agudas y rientes. Después llamaron á la puerta gritando:

—¡Mamá... mamá!

—¡Ea! ¡Adiós á todos!—dijo Damour dejando el vaso sobre la mesa.

Y salió. Felicidad, pálida y desencajada, le vió marchar, en tanto que Sagnard les acompañó hasta la puerta.

V

En la calle, Damour comenzó á caminar rápidamente, costándole mucho trabajo á Berru el poder seguirle. En el boulevard de Batignolles, cuando vió que su camarada, reventado por la caminata se dejaba caer sobre un banco, con las mejillas pálidas y los ojos extraviados, le dijo todo cuanto pensaba. El, cuando menos, hubiera abofeteado al burgués y á la burguesa. Le sublevaba la idea de que un marido cediese de aquel modo su mujer, sin condiciones. Era preciso ser un Juan Lanás; sí, un Juan Lanás, por no decir otra cosa. Y citaba el ejemplo de otro comunista que había encontrado á su mujer amancebada con un particular. Al menos ellos llegaron á un arreglo y vivieron y viven muy felices; pero tú te has portado como un verdadero botarate.

—¡Tú no comprendes nada!—repuso Damour.
—¡Vete... porque no eres amigo mío!

—¿Qué no soy tu amigo, después de lo que he hecho? ¿Qué va á ser de ti? Reflexiona un poco. No tienes á nadie y te ves como un perro en medio del arroyo... y te morirás de hambre si yo no te saco de este atolladero... ¡Que no soy tu amigo! Si yo te abandono no tienes más remedio que meter la cabeza debajo de la pata, como los pollos que se quieren morir.

Damour hizo un gesto desesperado. Era cierto; no tenía más remedio que echarse al agua ó hacerse prender por los agentes.

—Pues bien—continuó el pintor,—soy de tal modo tu amigo, que voy á llevarte á casa de alguien donde encontrarás perrera y sopa de sebo.

Y se levantó como á impulsos de una súbita idea. Levantó á la fuerza á su compañero, que balbuceaba:

—¡Pero dónde. . . dónde!

—Ya lo verás... puesto que no has querido comer con tu mujer, comerás mejor... y ten la seguridad de que no te permitiré hacer dos tontorías en un día.

Caminaron rápidamente, descendiendo por la calle de Austerdam. En la calle de Berlín, se detuvo Berru delante de un hotelito, llamó y preguntó al lacayo que fué á abrir, si Mme. Souvigny estaba visible; y como el lacayo vacilase, añadió:

—Dígale usted que aquí está Berru.

Dameur le siguió maquinalmente. Aquella

visita inesperada, aquel hotel lujoso, acabaron de trastornarle la cabeza. Subió. Luego, repentinamente se encontró en brazos de una linda rubita, apenas cubierta con un peinador de encajes. La joven exclamaba:

—¡Papá!... ¡Es papá!... ¡Oh, qué feliz me ha hecho usted trayéndolo!

Era una buena hija y se preocupaba muy poco de la blusa ennegrecida del viejo, encantada, palmoteando, en una crisis aguda de amor filial. Su padre, turbado, ni aún la reconocía.

—¡Es Luisa!—le dijo Berru.

Entonces balbuceó:

—¡Ah... sí!... Es usted muy amable...

No se atrevía á tutearla. Luisa le hizo sentar en el sofá, después llamó para prohibir que se abriese á nadie. Jacobo, entretanto, miraba la habitación tapizada de casimir, y amueblada con una riqueza tan delicada que le enterneció. Y Berru, triunfante le pegaba palmaditas en la espalda repitiendo:

—¡Eh! ¿Dirás aún que no soy tu amigo? Sabía yo muy bien que tendrías necesidad de tu hija. Entonces me procuré sus señas y vine á contarle tu situación, y me dijo inmediatamente:

—¡Tráigamelo usted!

—¡Y a lo creo... pobre papá!—murmuró con voz febril.—¡Ya sabes que tu república me inspira gran horror! Todos esos comunistas son unas malas personas que destruirían el mundo si les

dejasen hacer... Pero tú, tú eres mi querido papá. Me acuerdo lo bueno que eras, cuando, pequeña, estaba siempre enferma. Ya verás, nos entenderemos perfectamente, con la condición de que no hablaremos jamás de política... Por de pronto vamos á comer los tres juntos... ¡Oh, qué bien!

Estaba sentada casi en las rodillas del obrero, riente, con sus ojos claros, sus finos cabellos pálidos, distribuidos encima de las orejas. Dá-mour, sin fuerzas, se sentía invadido por un delicioso bienestar. Hubiera querido rehusar, porque todo aquello no le parecía muy honrado... ni digno sentarse allí en la mesa. Pero no encontraba su energía de hacía unas horas, cuando salió de casa del carnicero, sin volver la cabeza, después de haber brindado por último vez. Su hija era demasiado dulce, y sus manecitas que le acariciaban las sienes, le encadenaban.

—¡Vamos, aceptas?—preguntó Luisa.

—Sí—dijo por fin, en tanto que dos lágrimas corrían por sus mejillas, arrugadas por la miseria.

Berru lo encontró muy razonable. Cuando pasaron al comedor, un lacayo vino á decir que el señor estaba allí.

—No puedo recibirle—dijo Luisa tranquilamente.—Dígale usted que estoy con mi padre.. Que vuelva mañana á las seis, si quiere.

La comida fué encantadora. Berru la amenizó

con toda suerte de equívocos que hacían reír á Luisa hasta derramar lágrimas. Parecíales estar en la calle de los Euvierges y que aquello era una felicidad! Damour no cesaba de comer, falto de descanso y de alimento; pero una sonrisa de exquisita ternura se dibujaba en sus labios, cada vez que sus miradas se cruzaban con las de su hija. A los postres bebieron un vino azucarado y espumoso como el champagne, que los puso muy alegres. Cuando los criados se retiraron, con los codos sobre la mesa, hablaron del tiempo pasado, con la melancolía de la embriaguez. Berru había liado un cigarrillo, que Luisa encendió, con los ojos medio cerrados y el rostro abismado. Se enzarzó en sus recuerdos y empezó á hablar de sus amores; del primero, un guapo joven que había hecho muy bien las cosas. Después insinuó juicios muy severos contra su madre.

—Comprenderás—le dijo á su padre—que no quiero verla más, pues se ha conducido muy mal. Si quieres, iré á decirla lo que pienso de su manera de obrar contigo.

Pero Damour declaró gravemente que aquella mujer no existía ya para él. De pronto levantóse Luisa exclamando:

—A propósito, voy á enseñarte algo que te causará placer.

Salió, volviendo prontamente, con el cigarrillo en la boca, y entregó á su padre una vieja

fotografía amarillenta, con los ángulos rotos. Fué una sacudida para el obrero que, fijando sus ojos turbados en el retrato, gimoteó:

—¡Eugenio... mi pobre Eugenio!

Pasó la tarjeta á Berru, y éste, lleno de emoción, murmuró por su parte:

—¡Está muy parecido!

Luego pasó á manos de Luisa. Esta le miró un instante, pero le ahogaron las lágrimas y lo devolvió diciendo.

—¡Lo recuerdo bien!... ¡Qué guapo era!

Y los tres, presa de súbito enternecimiento lloraron juntos. Dos veces más dió la vuelta el retrato en medio de las más sentimentales reflexiones. El tiempo había obrado sobre el retrato; el pobre Eugenio con su uniforme de guardia nacional, parecía una sombra perdida en la leyenda. Pero habiendo vuelto la tarjeta, el padre leyó lo que escribiera á raíz de su muerte:

—«Te vengaré».

Y cogiendo un cuchillito de postres, le blandió sobre su cabeza, repitiendo su juramento:

—¡Sí, sí; te vengaré!

—Cuando vi que mamá andaba mal—decía Luisa—no quise dejarle el retrato de mi pobre hermano. Una tarde se lo birlé... Es para ti, papá, yo te lo cedo.

Damour había puesto la fotografía contra su vaso y la miraba aún. Sin embargo, se empezó á hablar razonablemente. Luisa, con el corazón

en la mano, quería sacar á su padre de la miseria. Habló de que viviese con ella; pero se convino en que aquello no era posible. Por fin tuvo una idea; preguntóle si consentiría en cuidar una propiedad que un caballero acababa de comprarle cerca de Mantes. Había un pabellón, donde viviría muy bien con doscientos francos al mes.

—¡Cómo! ¡Eso es el paraíso!—exclamó Berru aceptando por su compañero. Si se aburre, yo iré á visitarle.

Una semana después Damour estaba instalada en Bellos-Aires, la propiedad de su hija, y allí es donde vive ahora, en un reposo que la Providencia le debía bien, después de las desgracias con que lo había colmado. Engorda, se rejuvenece, vestido como un burgués, teniendo el aspecto bondadoso y honrado de un anciano militar. Los aldeanos le saludan con respeto. Caza y pesca á la caña. Se le encuentra al sol, en los caminos, mirando los sembrados, con la conciencia tranquila del hombre que no ha robado nada y que come de sus rentas, rudamente ganadas. Cuando su hija viene con algunos caballeros, sabe mantener su rango. Sus grandes alegrías son cuando su hija hace una escapada y comen juntos en el pabelloncito.

Entonces, la habla con ceceos de nodriza, mira sus galas con aire de adoración; y aquellos almuerzos son delicados, con toda suerte de co-

sas buenas, que hace guisar él mismo, sin contar los postres, pasteles y bombones, que Luisa trae en los bolsillos.

Damour no ha intentado ver más á su mujer. No tiene más que á su hija, que se apiada de su anciano padre, y que es su orgullo y su alegría. Además, ha rehusado igualmente intentar el menor paso para restablecer su estado civil. ¿A qué impugnar los registros del gobierno? Esto aumenta la tranquilidad en torno suyo. Está en su agujero, olvidado, perdido, no siendo nadie, no enrojeciendo por los regalos de su hija; en tanto que si le resucitase, quizás algún envidioso hablaría mal de su situación, y aún él acabaría por sufrir.

A veces, sin embargo, hay gran movimiento en el pabellón. Es cuando viene Berru á pasar cuatro ó cinco días en el campo. Por fin, ha encontrado, en casa de Damour, el soñado rincón, donde matar el tedio de París. Caza y pesca con su amigo; pasa días enteros echado sobre la espalda del río. Después, por la noche, ambos camaradas hablan de política. Berru trae de París la prensa anarquista y luego de haberla leído, se extienden en consideraciones sobre las medidas radicales que habría de tomar; fusilan al gobierno, ahorcan á los burgueses, queman á París para reedificar otra ciudad, la verdadera ciudad del pueblo. Su tendencia es la felicidad universal por medio de una exterminación

general. Por fin, cuando sube á acostarse Dammour, que ha hecho poner un marco, al retrato de Eugenio, se aproxima, le mira, blande su pipa y exclama:

—¡Sí, sí; te vengaré!

Y al otro día, con el rostro sonrosado y el cuerpo ágil, vuelve á la pesca, en tanto que Berru, tendido en el ribazo, duerme con la nariz metida en la hierba.

FIN.

NAÏS MICOULIN

NAÏS MICOULIN

I

En la estación de los frutos, una jovencita de tez morena, de negra cabellera ensortijada, se presentaba cada mes en casa de un abogado de Aix, M. Rostand, llevando una enorme cesta de albaricoques ó de melocotones, que apenas podía sostener. Se detenía en el ancho vestíbulo y toda la familia, prevenida, bajaba á su encuentro.

—¡Ah! ¿Eres tú Naïs?—decía el abogado.—Tú traes la cosecha... Vamos, eres una guapa chica... Y el padre Micoulin ¿cómo sigue?

—¡Bien, señor!—respondía la niña mostrando una dentadura blanquísima.

Entonces madame Rostand la hacía entrar en la cocina, donde le preguntaba sobre los olivos, los almendros, la viña... El gran asunto era saber si había llovido en la Estaque, rincón del litoral donde los Rostand poseían su propiedad la Blancarde, que cultivaban los Micoulin. No había allí sino una docena de almendros y de olivos, pero la cuestión de la lluvia no era por eso menos capital, en aquel país que muere por la sequía.

—Han caído algunas gotas—decía Naïs.—La uva necesitará agua.

Después, cuando había contado las novedades, se comía un pedazo de pan con las sobras de la carne, y regresaba á la Estaque, en el carrito de un carnicero, que iba á Aix cada quince días. Con frecuencia, además de la fruta, llevaba marisco, una langosta y algún pescado, pues el padre Micoulin era más pescador que labrador. Cuando llegaba en vacaciones, Federico, el hijo del abogado, bajaba de un salto á la cocina para anunciarle que la familia iría muy pronto á veranear á la Blancarde, recomendándole que le tuviesen preparadas sus redes y sus cañas de pescar.

El joven la tuteaba, pues la conocía de muy niña. Desde que tuvo once años, ella le llamaba «señor Federico» por respeto. Cada vez que Micoulin la oía llamar de «tú» al hijo de sus amos la pegaba un bofetón. Pero esto no impedía para que los dos muchachos fuesen muy buenos amigos.

—¡Y no olvides de remendar las redes—repetía el colegial.

—No tenga usted cuidado, M. Federico—respondía Naïs.—Lo encontrará todo preparado.

M. Rostand era muy rico. Había comprado á bajo precio un soberbio hotel en la calle del Colegio.

El hotel de Coiron, edificado en los últimos años del siglo xvii, presentaba una fachada con doce ventanas, y contenía bastantes piezas para alojar una comunidad. En medio de aquellos inmensos departamentos, la familia, compuesta de cinco personas, contando á los dos criados, parecía perdida. El abogado ocupaba solamente el primer piso. Durante diez años, puso papeles en los bajos y en el segundo piso, sin encontrar inquilinos.

Entonces se dedicó á cerrar las puertas, abandonando á las arañas las dos terceras partes de la casa. Esta, vacía y sonora, tenía ecos de catedral, al menor ruido que se producía en el vestibulo, un enorme vestibulo, con un cuerpo de escalera monumental, donde se hubiera construido cómodamente una casa á la moderna.

Al siguiente dia de la compra M. Rostand habia dividido en dos partes el gran salón de honor por medio de un tabique, un salón de doce metros por ocho, que iluminaban seis ventanas. Después, en un compartimento instaló su despacho y en el otro colocó á sus pasantes. El primer piso tenía además otras cinco piezas, la menor de las cuales media siete metros por cinco,

Madame Rostand, Federico y las dos viejas criadas, se alojaban en habitaciones altas como capillas.

El abogado se resignó á transformar un saloncito en cocina, para que el servicio resultase más cómodo; anteriormente, cuando se servían de la cocina instalada en los bajos, la comida llegaba completamente fría, después de haber recibido el aire glacial del vestibulo y de las escaleras, y lo peor era que aquel departamento estaba amueblado del modo más sumarisimo. En el gabinete, una antigua silleria verde, de terciopelo de Utrecht, ostentaba su sofá y sus ocho sillones, estilo imperio, con la madera agrietada y tristoná: una cónsola pequeñita de la misma época, parecia un juguete en medio de la inmensidad de la habitación; sobre la chimenea no habia más que un barroco reloj de mármol, moderno, entre dos jarrones, en tanto que los adornos de metal de la cocina, frotados

y pasados al rojo, brillaban con un resplandor duro. Los dormitorios estaban aún más desprovistos. Notábase allí el tranquilo desdén de las familias del mediodía, aún las más ricas, por el confort y el lujo, en aquella comarca del sol, en que la vida se pasa al aire libre. Los Rostand no tenían, ciertamente, conciencia de la melancolía, del frío mortal que desolaba aquellas salas, donde la tristeza de las ruinas parecía acrecentada por la parsimonia y pobreza de los muebles.

El abogado, no obstante, era un hombre muy inteligente, su padre le había dejado uno de los bufetes mejores de Aix, y él encontró medio de aumentar su clientela por una rara actividad, inusitada en aquél país de pereza. Pequeño, nervioso, con su fino rostro de comadreja, se ocupaba preferentemente de su despacho. El cuidado de su fortuna le tenía, además, siempre alerta y no echaba una ojeada sobre los periódicos ni aun en las contadas horas de asueto que pasaba en el Casino. Su mujer estaba reputada como una de las mujeres más inteligentes y distinguidas de la ciudad. Su apellido paterno era *de Villebonne*, lo que le daba una aureola de dignidad apesar de su mediocre casamiento. Pero afectaba un rigurismo tan exagerado, practicaba sus deberes religiosos con una obstinación tan estrecha, que casi se había acartonado en la existencia metódica que observaba.

En cuanto á Federico fué creciendo entre la laboriosidad del padre y la rigidez de la madre. Durante sus años de colegial, fué un cangrejo de la más bella especie, temblando ante su madre, pero con tanta repugnancia hacia el trabajo, que en la sala, y durante las veladas, pasaba las horas con la nariz metida en los libros, sin

leer una línea, con el espíritu por los cerros de Ubeda, en tanto que sus padres se figuraban que estudiaba las lecciones.

Irritados por tanta gandulería, le metieron en un colegio; y no trabajó con mayor ahínco, pues menos vigilado que en casa, quedó contentísimo de no ver pesar siempre sobre él ojos serenos y vigilantes. Alarmados por los aires de independencia que echó el muchacho, acabaron por sacarle del colegio, á fin de tenerle de nuevo bajo su férula. Terminó su segundo de latín y su retórica, apremiado de tan cerca que le fué forzoso trabajar; la madre examinaba los cuadernos, le obligaba á repetir las lecciones, y estaba siempre detrás de él como un gendarme. Gracias á tamaña vigilancia, pudo, al tercer intento, obtener el título de bachiller.

Aix tiene una famosa escuela de derecho, donde, naturalmente, se matriculó el joven Rostand. En esta antigua ciudad parlamentaria, no hay otra cosa que abogados, notarios y procuradores, agrupados alrededor de la Audiencia. Se estudia derecho por hacer algo, aun cuando luego se vaya tranquilamente uno á plantar sus coles. Continuó allí su vida del colegio, trabajando lo menos posible, tratando únicamente de hacer creer que trabajaba mucho. Madama Rostand, con gran disgusto suyo, tuvo que acordarle mayor libertad. Salía cuando quería y su única obligación era ser exacto á las horas de comer; por la noche tenía permiso para estar fuera hasta las nueve, excepto los días que iba al teatro. Entonces, empezó para él, esa vida de estudiante de provincias tan monótona, tan llena de vicios, cuando no se dedicaba formalmente al estudio.

Es preciso conocer á Aix, la tranquilidad de

sus calles, donde crece la hierba, 'el sueño que amodorra á la ciudad entera, para comprender la nueva existencia que llevan allí los estudiantes. Los que trabajan tienen el recurso de matar las horas delante de sus libros. Pero los que rehusan seguir seriamente sus cursos no tienen otros refugios, para no aburrirse, que los cafés donde su juega, ó ciertas casas donde se hace algo peor aún. Los jóvenes se apasionan por el juego; pasan jugando la mayor parte de las veladas y las terminan mejor. Una sensualidad de pilluelo escapado del colegio lo echa en las solas calaveradas que permite la población, una población donde faltan las amables jóvenes que pululan en París, en el barrio Latino.

Cuando no le bastan las veladas se entretiene en fabricar una llave para salir de casa á altas horas de la noche.

De este modo pasa agradablemente sus cursos de derecho.

Por otra parte, Federico había comprendido que debía mostrarse un hijo dócil. Toda la hipocresía de un muchacho doblegado por el miedo, encontró en él su base. Su madre estaba satisfecha de su comportamiento; él la acompañaba á misa, guardaba gran compostura, y le contaba tranquilamente las mentiras más tremendas, que creía la buena señora, ante su aire de buena fe.

Y llegó á tanto su habilidad, que jamás se dejó sorprender, encontrando siempre una excusa, inventando de antemano historias extraordinarias para prepararse argumentos. Pagaba las deudas de juego con dinero que le prestaban sus primos, y llevaba una contabilidad asáz complicada.

Una vez, después de una ganancia inespera-

da, realizó su sueño dorado, ver París, donde pasó una semana, haciéndose invitar por un amigo, que poseía una propiedad cerca de la Durance.

En la vida corriente era Federico un guapo mozo, alto y de buena figura, con una espesa barba negra. Sus vicios le hacían amable, sobre todo con las mujeres. Se le citaba como modelo de buenos modales. Las personas que conocían sus enredos, sonreían un poco, pero, puesto que tenía la decencia de ocultar aquella mitad sospechosa de su vida, había que agradecerle aquel buen ver, no como otros estudiantes groseros que eran el escándalo de la población.

Federico iba á cumplir los veinticinco años. Debía en breve sufrir sus últimos exámenes. Su padre, aún joven, y no muy inclinado á cederle inmediatamente su bufete, habló de hacerle ingresar en la magistratura. Tenía amigos en París que trabajarían para obtenerle á su hijo una credencial de sustituto. El joven no dijo que no; jamás combatía á sus padres de una manera abierta, pero inició una sonrisita que indicaba claramente su intención de continuar en la feliz holganza que le placía tanto. Sabía que su padre era rico, que él era el hijo único... ¿á qué tomarse la pena de trabajar? Esperando lo que viniese, fumaba cigarrillos en la Audiencia, iba á las timbas vecinas á echar alguna partidilla, frecuentaba diariamente de incógnito los lupanares, todo lo cual no le impedía ponerse á las órdenes de su madre y colmarla de protestas de respeto filial. Cuando alguna noche, más borrascosa que las ordinarias, con los miembros lacios y el estómago echado á perder, entraba en la gran casa glacial de la calle del Colegio, reposaba allí con delicia.

El vacío de los departamentos, el severo fastidio que caía de los techos, le parecían tener una frescura reparadora. Reponíase, haciéndole creer á su madre que estaba allí por ella, hasta el día en que, volviendo la salud y el apetito, maquinaba alguna nueva escapatoria. En suma, el mejor muchacho del mundo, en cuanto no afectase á sus placeres.

Nais, iba cada año á casa de los Rostand, con sus frutas y sus pescados, y cada año, naturalmente, era más crecida. Tenía la misma edad que Federico, meses más ó menos. Así, madama Rostand, le decía cada vez:

—¡Te estas haciendo una mujer, Naïs?

Y Naïs sonreía, mostrando sus dientes b'anquisimos. Las más de las veces, Federico no estaba. Pero un día, el último año de sus estudios, salía, cuando encontró á Naïs de pie en el vestibulo, con el cesto de marras. Se detuvo sorprendido. No reconocía á la muchacha flaca y alta que había visto el verano anterior en la Blancarde. Naïs estaba soberbia, con su cara morena bajo el casco sombrío de sus cabellos negros; tenía las espaldas robustas, talle mórvido y magníficos brazos, desnudos hasta el codo. En un año, había sazonado como los albaricoques de su cesta.

—¿Eres tú?—dijo con voz balbuciente.

—Pero... si, M. Federico—respondió la joven, mirándole de frente, con aquellos ojazos donde ardía un fuego sombrío.—Traigo unos erizos... ¿Cuándo vienen ustedes? ¿Habrà que componer las redes?

La contemplaba siempre; y murmuró como si no hubiera oído:

—¿Qué hermosa eres, Naïs? ¿Cómo te las has arreglado para ser tan guapa?

Este cumplimiento la hizo reír. Después, como la cogiese las manos, con aire de jugar, como jugaban antaño, se puso seria; tuteóle bruscamente diciéndole en voz baja, con la voz un poco ronca:

—¡No, no... aquí no!... ¡Cuidado... viene tu mamá!

II

Quince días más tarde, la familia Rostand salía para la Blancarde. El abogado debía esperar las vacaciones de los tribunales, y por otra parte el mes de Septiembre es muy hermoso al lado del mar. Terminaban los calores, y por las noches se gozaba de un fresco delicioso.

La Blancarde no se hallaba precisamente en la Estaque, un pueblecillo situado cerca de Marsella, en el fondo de una ría que forma el golfo. Está más allá del pueblo; sobre un acantilado de toda la bahía se ve su fachada amarilla, en medio de un grupo de altos pinos. Era una de esas construcciones en cuadro, pesadas, alumbrada por ventanas irregulares, que se llaman castillos en Provenza. Delante de la casa, una ancha terraza se extendía sobre una estrecha playa de guijarros. Detrás había un vasto cercado de tierra casi estéril, donde algunas cepas y varios almendros y olivos se permitían el lujo de vegetar como podían. Pero uno de los inconvenientes, uno de los peligros de la Blancarde, consistían en que el mar azotaba y dividía continuamente el acantilado, y además, provenientes de algunas fuentes de las cercanías, había filtraciones, las cuales daban lugar, con bastante frecuencia, á que se produjesen des-

prendimientos que caían en el mar con espantoso ruido. Poco á poco se iba mermando la propiedad y aun algunos pinos habian sido engullidos por el mar.

Desde hacía cuarenta años los Micoulin habian cultivado la Blancarde, en calidad de medieros. Según costumbre provenzal, ellos cultivaban la tierra y partían la cosecha con el propietario. Como estas cosechas eran muy pobres, hubieran muerto de hambre sin la pesca, á la cual se dedicaban durante el verano. Entre una cava y una sementera, echaban las redes al mar. La familia estaba compuesta del padre Micoulin, un viejo duro de rostro negro y arrugado, ante el cual temblaba toda la casa; de la madre Micoulin, una mujerona embrutecida por el trabajo de la tierra en pleno sol; de un hijo que servía por aquel entonces en la *Arrogante*, de la marina de guerra, y de Naïs, á quien su padre enviaba á trabajar en un tejedor, á pesar de toda la faena que tenía en casa. La habitación del mediero, un ala de casa adosada a uno de los flancos de la Blancarde, se alegraba raramente con una carcajada ó una canción. Micoulin guardaba un silencio de viejo salvaje, abismado en las reflexiones de su experiencia. Las dos mujeres le guardaban ese respeto mezclado de terror que las hijas y las esposas del mediodía conservan al jefe de la familia. Y la paz no se alteraba con mucha frecuencia si no era por los llamamientos furiosos de la madre, que se ponía los puños en las caderas, para hincharse el garguero hasta reventar, lanzando hacia los cuatro puntos cardinales el nombre de Naïs, desde el momento en que la muchacha desaparecía. Naïs oía el llamamiento desde una legua, y volvía pálida de cólera.

No era feliz en manera alguna la hermosa Naïs, como la llamaban en la Estaque. Tenía dieciséis años, y Micoulin, por un quitame allá esas pajas, la abofeteaba tan rudamente, que le ponía las narices chorreando sangre; y aún hoy, á pesar de sus veinte pasados, guardaba durante semanas enteras, en las espaldas, señales inequívocas de la severidad paternal. Y no es que Micoulin fuese malo; usaba sencillamente de su autoridad, queriendo ser obedecido y conservando aún en la sangre la antigua ley romana que daba al padre el derecho de vida ó muerte sobre los suyos. La joven después de estas correcciones quedaba temblando. Se sentaba en tierra, en un rincón obscuro y devoraba allí su afrenta. Un rencor sombrío la tenía así, muda durante algunas horas, rumiando venganzas que no podía ejecutar. Era la misma sangre de su padre la que se sublevaba en ella, una ira ciega, un deseo furioso de ser la más fuerte. Cuando veía á su madre, trémula y sumisa, haciéndose pequeñita delante de Micoulin, la miraba con el mayor desprecio, y exclamaba:

—¡Si tuviera un marido como ese, lo mataría!

Y aún prefería Naïs los días que la pegaban, pues aquellas violencias la excitaban. Los otros días, llevaba una existencia tan estrecha, tan sujeta, que se moría de tedio. Su padre le había prohibido bajar al Estaque y se quedaba en casa ocupada en continua labor, y aun cuando nada hubiese que hacer, la quería allí, bajo su vista.

Por este motivo esperaba con impaciencia el mes de Septiembre; desde que los dueños habitaban la Blancarde, la vigilancia de Micoulin disminuía grandemente, y Naïs que hacía recados para Mme. Rostand se desquitaba de su sujeción de todo el año.

Una mañana el padre Micoulin había reflexionado que aquella muchacha alta y robusta le podía ganar seis reales diarios. Entonces la emancipó y la envió á trabajar á un tejtar. Aun cuando el trabajo en cuestión fuese duro, Naïs quedó encantada. Salía por la mañana, pasaba al otro lado de la Estaque, y permanecía hasta la puesta de sol, volviendo las tejas en los sequeros. Sus manos se encallecían en aquella ingrata labor, pero no sentía á su padre detrás de ella y reía libremente con los mozos. En aquella ruda faena fué donde se desarrolló convirtiéndose en una bellísima mujer. El sol ardiente le doró la piel, imprimiéndole en el cuello un collar de ámbar; sus cabellos negros crecieron con profusión; su cuerpo continuamente inclinado y balanceado en el vaivén de la labor adquirió un vigor ágil de amazona. Cuando se erguía sobre terreno excavado, en medio de las arcillas rojas, parecía una estatua antigua, hecha con alguna *terracolta* potente, animada de pronto por la lluvia de llamas que caía del cielo. Así Micoulin la cuidaba como á las niñas de sus ojos viéndola embellecer. Reía demasiado y como no le parecía natural que una joven fuese tan alegre, y prometió extrangular á los enamorados, si veía alguno alrededor de sus faldas.

Novios los hubiese tenido Naïs por docenas, pero los despreciaba. Se burlaba de todos los mozos; su único buen amigo era un jorobado que trabajaba en el mismo tejtar, un hombrecillo llamado Antón, que la Casa de expósitos de Aix había enviado á la Estaque, y que se había quedado allí, adoptado por el país. Reía con mucha gracia aquel jorobadito, con su perfil de polichinela, Naïs lo toleraba por su dulzura

Hacia de él cuanto se le antojaba, y le trataba con dureza, cuando tenía que vengarse sobre alguien de alguna violencia de su padre. Por lo demás, aquello no podía tener mayores consecuencias. En el país se reían de Antón. Micoulin había dicho: «Le permito el jorobado; la conozco, y sé que es demasiado altiva.»

Aquel año, cuando madame Rostand se instaló en la Blancarde, pidió al mediero que le prestase á Naïs, pues una de las criadas se había puesto enferma. Justamente, el tejear estaba cerrado. Por otra parte Micoulin tan severo para los suyos, era muy considerado por sus amos; de modo que hubiese dicho que sí, aun cuando la petición le contrariara. M. Rostand tuvo que ir á Paris por causa de un negocio importante, y Federico se encontraba solo con su madre en el campo. Los primeros días, como de costumbre, el joven era presa de un gran deseo de ejercicio, embriagado por el aire sano del mar, yendo con Micoulin á calar ó retirar las redes, dando largos paseos por las ensenadas que besan la Estaque. Después se calmó este ardor inusitado y permanecía los días enteros tendido bajo los pinos, al lado de la terraza, amodorrado, mirando el mar, cuyo monótono azul acababa por producirle un aburrimiento mortal. Al cabo de quince días, generalmente, la estancia en la Blancarde le anonadaba. Entonces cada mañana inventaba una historia para marcharse á Marsella.

A la mañana siguiente de su llegada, Federico, á la salida del sol, fué llamado por Micoulin. Se trataba de ir á sacar nasas, especie de altos cestos contruidos con mimbres de malla estecha. que sirven para cojer los peces del fondo. Pero el joven se hizo el sordo,

La pesca parecía no tentarle mucho aquel día.

Cuando se levantó, instalóse bajo los pinos, tendido de espaldas y con la mirada perdida en el azul del cielo. Su madre quedó muy sorprendida no viéndole partir para una de aquellas largas correrías de que venía tan deseoso.

—¿No sales?—le preguntó.

—No, mamá... puesto que papá no está me quedaré haciéndote compañía.

El mediero, que oyó esta respuesta, murmuró en patuá:

—¡Vamos, M. Federico no tardará mucho en irse á Marsella!

Federico, sin embargo, no fué á Marsella. Transcurrió una semana; estaba siempre tendido, cambiando únicamente de sitio, cuando el sol le alcanzaba. Por buen ver, se llevaba un libro; solamente que no leía en absoluto; el libro, con la mayor frecuencia, estaba tirado entre las aristas secas que caían de los pinos. Tampoco miraba el mar; con el rostro vuelto hacia la casa, parecía interesarse en el servicio; atisbar á los criados que iban y venían, atravesando la terraza á cada momento; y, cuando era Naïs la que pasaba, de los ojos del sensual joven salían resplandores. Entonces Naïs acortaba el paso, alejándose con el balanceo rítmico de sus cadetas, pero sin echar nunca una mirada sobre él.

Este juego duró varios días. Delante de su madre Federico trataba á Naïs casi duramente, como á una muchacha desmañada. La joven bajaba los ojos, con actitud dichosa, como para gozar de estas comedias.

Una mañana, almorzando, Naïs rompió unas vinagreras y Federico se incomodó.

—¡Esta muchacha es tonta!—exclamó—¿Qué tiene usted en la cabeza?

Y se levantó furioso, añadiendo que sus pantalones estaban echados á perder. Una gota de aceite le había manchado la rodilla.

—¡Deme usted una servilleta mojada en agua!... Ayúdeme.

Naïs mojó una punta de la servilleta en agua y después se puso de rodillas delante de Federico para frotar la mancha.

—Déjalo—repetía madame Rostand.—Es como si no hicieses nada.

Pero la joven no dejaba la pierna de su señorito, que continuaba frotando con toda su alma. Este gruñía siempre severos epítetos.

—Jamás he visto semejante torpeza. Ni expresamente lo hubiera hecho mejor para romper encima las vinagreras... ¡Si nos sirviese en Aix, pronto darías cuenta de toda nuestra vajilla!

Estos reproches eran tan poco proporcionados con la falta, que Madama Rostand creyó deber intervenir para calmar á su hijo, cuando Naïs hubo salido.

—¿Qué tienes con esa pobre muchacha? Se diría que no la puedes sufrir... Te ruego que seas más cariñoso con ella. Ha sido compañera de tu niñez y no está aquí como una criada ordinaria.

—¡Me fastidia!—respondió Federico afectando un aire de brutalidad.

Por la tarde, al caer de la noche, Naïs y Federico se encontraron en la sombra, al extremo de la terraza. Aún no habían podido hablar á solas. No podían oírlos de la casa. Los pinos difundían en el aire muerto un tibio aroma de resina. Entonces, ella en voz baja, preguntó, volviendo al tuteo de la niñez:

—¿Por qué me has reñido, Federico? Eres muy malo...

Sin responderla, la cogió las manos, la atrajo contra su pecho y la besó en los labios. Naïs le dejó hacer, y se marchó enseguida, en tanto que él se sentaba sobre la balaustrada para no aparecer demasiado agitado delante de su madre. Diez minutos más tarde, servía Naïs á la mesa, con su gran calma un tanto altiva. Los jóvenes no se dieron citas.

Una noche se encontraron bajo un olivo, al borde del acantilado. Durante la cena sus ojos se habían encontrado diferentes veces, con una fijeza ardiente. La noche era calmosa. Federico fumaba cigarrillos en la ventana hasta la una, interrogando las sombras. Hacia la una observó una forma vaga que se deslizaba á lo largo de la terraza. Entonces no vacitó. Descendió al tejadillo de un corralillo y saltó al suelo ayudándose con unas perchas que había sobre un rincón; de este modo no había temor de que su madre despertase. Luego, cuando estuvo en el suelo fuese derecho á un viejo olivo, seguro de que allí le esperaba Naïs.

—¿Estás ahí?—preguntó en voz baja.

—Sí—respondió sencillamente Naïs.

Sentóse al lado de ella, en el suelo; la tomó por el talle, en tanto que la cabeza de Naïs se reclinó sobre su espalda. Por un momento, no pronunciaron una sola palabra. El viejo olivo, de rugoso tronco, les cubría con su techo de hojas grises.

Enfrente el mar se extendía, negro, inmóvil, bajo las estrellas. Marsella en el fondo del golfo, estaba oculto por la bruma; á la izquierda, solo el faro giratorio de Planier, lanzaba su destello cada minuto, iluminando las tinieblas

con un rayo amarillo, que se extinguía justamente; y nada había más dulce ni más tierno que aquella luz sin cesar perdida en el horizonte, y sin cesar encontrada.

—¿Tu padre está fuera?—repuso Federico.

—He saltado por la ventana—dijo con voz grave.

No hablaron una palabra de su amor. Aquel amor venía de lejos, del fondo de su infancia. Ahora recordaban los juegos en que el deseo se mezclaba ya en sus niñerías. Por lo tanto les pareció muy natural descender á las caricias. No hubieran sabido qué decirse; su único deseo era ser el uno del otro. El la encontraba hermosa, excitante, con su hálito y su aroma de tierra, y ella, gustaba un orgullo de mujer vencida, el de ser querida de su amo. Se abandonó. El día iba á aparecer, cuando ambos entraron en sus casas por el mismo camino que tomaron para salir.

III

¡Qué adorable mes! No llovió un solo día. El cielo, siempre azul, desplegaba un raso, que no manchaba la más pequeña nube. El sol se levantaba en un cristal rosa, y se ponía entre un polvo de oro. Esto no obstante el calor no era mucho, la brisa del mar se levantaba con el sol y seguía con él; las noches eran de una admirable frescura, embalsamando todo con las plantas aromáticas que lanzaban sus efluvios en las sombras.

El país es soberbio. De ambos lados del golfo avanzan brazos de rocas, en tanto que las islas, á lo ancho, parecen barreras que detiene el ho-

rizonte; y el mar no es más que una vasta concha, un lago de aguas azules durante el buen tiempo. Al pie de las motañas, en el fondo, Marsella escalona sus casas sobre pequeñas colinas; cuando el aire es límpido, se apercibe desde la Estaque, la riba gris de la Yolette, con las finas arboladuras de los buques en el puerto; después se divisan las fachadas en medio de los macizos de árboles y detrás se destaca la capilla de Nuestra Señora de la Guardia, sobre una altura, en pleno cielo. Y la costa, parte de Marsella, se encorva, se agüeta en anchos ancones antes de llegar á la Estaque, bordada de fábricas que arrojan, á intervalos, altos penachos de humo. Cuando el sol cae á plomo, el mar, casi negro, está como adormecido entre los dos promontorios de rocas, cuya blancura toma tintes amarillentos y oscuros. Los pinos matizan de verde sombrío las tierras rojizas. Es un vasto cuadro, un rincón entrevisto del Oriente elevándose en la vibración cegadora del día.

Pero la Estaque no tiene únicamente esta salida sobre el mar. La población, adosada á las montañas, está atravesada por senderos que van á perderse en medio de un caos de rocas fulminadas. El camino de hierro de Marsella á Lyon corre entre grandes bloques, atraviesa brazos de mar sobre puentes, se hunde bruscamente en la misma roca, y permanece oculto en un trayecto de legua y media, en el túnel de la Neste, el más largo de Francia. Nada iguala la majestad salvaje de esas gargantas que se abren entre las colinas, estrechos caminos serpenteando en el fondo del abismo, laderas áridas plantadas de pinos y muros coloreados de rojo. A veces los desfiladeros se alargan, un campo de olivos ocupa la tierra de un valle y

se divisa una casita en la cúspide, de frontis amarillo.

A través de esta comarca se deslizaron durante un mes los amores de Naïs y Federico. Parecía que todo el fuego del cielo había pasado á su sangre. Los ocho primeros días se contentaron con encontrarse por la noche, bajo el mismo olivo, al borde del acantilado. Allí gozaron de placeres exquisitos. La frescura de la noche calmaba su fiebre y á veces tendían sus rostros á las brisas pasajeras para refrescarse como en una fuente fría.

El mar, á sus pies, gemía voluptuoso y lento. Un olor penetrante á yerbas marinas les embriagaba de deseos. Después, en brazos uno del otro, cansados de una dulce fatiga, miraban, al otro lado de las aguas, la reverberación nocturna de Marsella.

Pero una noche se encontraron con una hermosa luna en el horizonte, cuya faz amarilla les miraba. En el mar, un rastro de fuego resplandeciente culebreaba, como si un pez gigantesco hiciese deslizar los anillos sin fin de sus escamas de oro. Aquel testigo importuno les enojó. A la siguiente entrevista se refugiaron en un tejár abandonado. Una noche que seguían un camino, por arriba de la Estaque, para ganar las gargantas de la Neste, creyeron oír detrás de ellos unos pasos cautelosos. Se detuvieron llenos de inquietud.

—¿Oyes?—preguntó Federico.

—Sí, algún perro extraviado...

Y continuaron su camino. Pero al primer recodo del camino, al aclararse el arbolado, vieron distintamente una masa negra que se deslizaba detrás de las rocas. Era indudablemente una

figura humana... Naïs lanzó una ligera exclamación.

—Espérame—dijo rápidamente.

Y se lanzó en persecución de la sombra.

Bien pronto oyó Federico un palabroteo rápido. Después volvió la joven, tranquila, un poco pálida.

—¿Qué era?

—Nada.

Después de un silencio, Naïs repuso:

—Si oyes andar, no temas. Es Antón... ¿sabes? el jorobado. Quiere guardarnos.

En efecto, Federico sentía á veces en la sombra, que alguien les seguía.

Había como una protección alrededor de ellos. Varias veces quiso Naïs rechazar á Antón, pero el pobre jorobado no pedía más que ser su perro; no le verían, no le oirían; ¿por qué no permitirle que obrase á su gusto? Desde entonces, si los amantes hubiesen escuchado, cuando se besaban á plena boca, en los tejares en ruinas, en medio de los banales desiertos, en el fondo de las gargantas perdidas, hubieran sorprendido un rumor ahogado de sollozos. Era Antón, su perro de guardia, que lloraba retorciéndose los puños.

Hasta entonces no habían aprovechado más que las noches. Ahora, enardecidos, aprovechaban todas las ocasiones. Con frecuencia, en un corredor de la Blancarde, en una pieza donde se encontraban, en cualquier parte, cambiaban un beso. Aún en la mesa, cuando ella servía, pediale el pan ó la servilleta y encontraba medio de apretarle los dedos. La rígida madama Rostand, que nada veía, acusaba aún á su hijo de ser demasiado severo con su amiguita de la infancia. Un día por poco los pesca; pero la jo-

ven, que oyó el ruido de la ropa, se inclinó vivamente y se puso á limpiar con su pañuelo las botas del señorito, blancas de polvo.

Naïs y Federico gozaban todavía mil pequeños placeres. Con frecuencia, después de comer, cuando la tarde era fresca, madama Rostand sentía deseos de dar un paseito. Se cogia del brazo de su hijo y encargaba á Naïs que la llevase el chal, por precaución.

En la orilla del mar, buscando conchas, aprovechaban la menor ocasión para darse un beso furtivo ó un apretón de manos.

Sin embargo, el padre Micoulin guardaba su silencio de bestia experimentada y testaruda. Iba á la playa á pescar, daba sus manos de labor, siempre con su aire solapado. Pero en sus ojuelos grises se delataba una inquietud desde hacia algún tiempo. Echaba sobre Naïs miradas oblicuas sin decir una palabra. La encontraba cambiada. Observaba cosas en ella que no podía explicarse. Un día quiso Naïs contradecirle, pero Micoulin le atizó tal bofetón, que la partió el labio.

Por la noche, cuando después de besarla observó Federico que tenía la boca hinchada, la interrogó vivamente.

—No es nada; un bofetón que me ha pegado mi padre.

Y su voz era sombría. Como el joven se irritara declarando que pondría coto á aquello:

—No, deja—repuso ella,—es asunto mío...

—¡Oh, esto acabará!

Jamás le contaba á su amante las palizas que le propinaban; pero cuando esto ocurría, se colgaba á su cuello con más ardor, como para vengarse del viejo.

Durante tres semanas Naïs salía casi todas

las noches. Primeramente tomó las mayores precauciones, después le sobrevino una audacia fría y se atrevía á todo. Cuando comprendió que su padre sospechaba alguna cosa, se tornó prudente. Faltó á dos citas. Su madre le había dicho que Micoulin no pegaba los ojos en toda la noche; levantábase é iba de un cuarto á otro. Pero, ante las miradas suplicantes de Federico, la tercera noche, Naïs olvidó de nuevo toda prudencia. Descendió hacia las once, prometiéndose no estar fuera más de una hora, esperando que su padre, en el primer sueño, nada apercibiría.

Federico la esperaba debajo de los olivos. Sin hablar de sus temores, rehusó ir más lejos. Estaba muy fatigada, porque no podía, como él, dormir de día. Se acostaron en el sitio de costumbre, el mar á sus pies y en frente las luces de Marsella. El faro de Planies lucía á intervalos. Naïs, fija su mirada en el destello, se durmió sobre la espalda de Federico. Este no se movía, y poco á poco, cedió asimismo á la fatiga y sus ojos se cerraron. Ambos, uno en brazos del otro, confundían sus alientos.

El silencio de la noche era interrumpido por el agrio canto de los grillos. El mar dormía como los amantes. Entonces, una forma negra salió de la sombra y se aproximó. Era Micoulin, que, despertado por un rechinamiento de la ventana, no había encontrado á Naïs acostada en su cuarto. Salió llevándose una hachuela, por si acaso. Cuando apercibió un bulto negro bajo el olivo, ápretó el mango de la hacha. Pero los jóvenes no se movían; pudo llegar hasta ellos, inclinarse, mirarles la cara. Se le escapó un ligero grito; acababa de ver al hijo de sus amos,

No, no; no podía matarlo así; la sangre derramada en el suelo, que guardaría las huellas, le costaría demasiado caro. Levantóse; dos pliegues de decisión feróz cortaban su cara de cuero curtido, inundada de rabia contenida. Un labrador no asesina á su amo, francamente, porque el amo, aún enterrado, es siempre el más fuerte. Y el padre Micoulin inclinó la cabeza y se largó á paso de lobo, dejando dormir á los dos enamorados.

Cuando Naïs entró en su casa, un poco antes de clarear el día, encontró la ventana tal como la había dejado.

En el almuerzo, Micoulin la miró tranquilamente, en tanto que la joven comía su pedazo de pan negro. Se tranquilizó; su padre no sabía nada.

IV

—M. Federico, ¿no quiere usted venir más al mar?—preguntó una tarde el padre Micoulin.

Madama Rostaud, sentada sobre la terraza, á la sombra de los pinos, bordaba un pañuelo en tanto que su hijo, acostado á su lado, se divertía echando piedrecillas al mar.

—¡A fe mía que no!—respondió él.—Me vuelvo perezoso.

—Hace usted mal—replicó el mediero.—Ayer las nasas estaban llenas de pescado. Se cogen los que se quieren estos días... Se divertirá usted mucho. Acompañeme usted mañana.

Tenia un aire tan honrado, que Federico, que pensaba en Naïs y no quería contrariarlo, acabó por decir:

—Bueno... Solamente que habrá que despertarme, porque á las cinco de la mañana estoy dormido como un tronco.

Madama Rostand habia dejado de bordar ligeramente inquieta.

—Y sobre todo sed prudentes—murmuró.—Me quedo temblando cuando vas al mar.

A la hora indicada, Micoullin fué á despertar á su amo, pero la ventana permanecía cerrada. Entonces, dijo á su hija con una voz de la cual ésta notó la salvaje ironía.

—Sube tú... Quizá te oiga á ti.

Y Naïs fué á despertar á Federico. Este, medio dormido, quiso atraerla á la cama, pero ella le dió un beso y escapó. Diez minutos más tarde, apareció el joven, vestido con un traje de tela gris. El padre Micoulin esperaba pacientemente, sentado en el parapeto.

Los dos hombres descendieron las escaleras pendientes que conducian al mar, en tanto que la joven, de pie, les seguía con los ojos. Ya abajo, el padre Micoulin levantó la cabeza, y vió á su hija; y dos arrugas inmensas se pronunciaron en la comisura de sus labios.

Hacia cinco días que soplabá el terrible viento del noroeste, el maestral. La vispera, calmó hacia la tarde. Pero al salir el sol, sopló de nuevo, si bien débilmente en un principio. El mar, á aquella hora, ruidosa bajo los soplos bruscos que la azotaban, se matizaba de azul sombrío; y aclarada al biés por los primeros rayos rodaba flameando rayos en la cresta cada ola. El cielo estaba casi blanco, con limpidez cristalina. Marsella, al fondo, presentaba tal limpieza de detalles, que se podían contar las ventanas sobre las fachadas de las casas.

—¡Bailaremos á la vuelta!—dijo Federico.

—¡Es muy posible!— contestó sencillamente Micoulin.

Remaba en silencio, sin volver la cabeza. El joven miró un instante sus robustas espaldas, pensando en Naïs; no veía del viejo más que la nuca, requemada por el aire del mar, y dos cabos de orejas rojas, donde pendían dos zarcillos de oro. Después, inclinóse, observando las profundidades marinas que huían bajo la braca. El agua se enturbiaba, y solo flotaban algunas algas semejantes á los cabellos de un ahogado. Esto le entristeció y aún le preocupó un poco.

—Padre Micoulin—repuso después de un largo silencio—el viento va tomando fuerza. Seamos prudentes... Ya sabe usted que nado como un soldado de plomo.

—Sí, sí; ya lo sé—dijo el viejo con su voz seca.

Y remaba siempre, con un movimiento mecánico. La barca empezaba á bailar, y Federico, que no quería demostrar miedo, pero que estaba intranquilo, impacientóse, exclamando:

—¿Dónde diablo ha ido usted á calar las nasas hoy? ¿Es que vamos á Argel?

Y el padre Micoulin, sin apresurarse respondió:

—Ya llegamos... ya llegamos.

De repente, dejó los remos, se puso de pie, y buscó con la mirada, en la costa, los dos puntos de situación; remó aún durante cinco minutos, antes de llegar á los flotadores de corcho, que marcaban el sitio de las nasas. Allí, en el momento de empezar la recogida, quedóse algunos segundos mirando hacia la Blancarde, Federico, siguiendo aquella mirada, vió distintamente, bajo los pinos, una mancha blanca. Era Naïs, recostada en la baranda de la terraza...

—¿Cuántas nasas?...—preguntó el joven.

—Treinta y cinco... Había que apretar.

Micoulin asió una boya y empezó á sacar la primera nasa. La profundidad era enorme y la cuerda no se acababa nunca. En fin, apareció el arte, con la piedra que lo mantenía en el fondo; y en cuanto estuvo fuera del agua, tres peces se pusieron á saltar, como pajarillos en una jaula. Se hubiera creído oír ruido de alas. En la segunda nasa no había nada. Pero, en la tercera, encontróse, como rara captura, una langosta pequeña, que daba furiosos coletazos. Entonces, Federico, se entusiasmó olvidando sus temores, é inclinado al borde de la lancha, esperaba con impaciencia febril la aparición de las nasas. Cuando oía el rumor de las aletas, experimentaba la misma emoción que el cazador cuando ve caer la pieza bajo sus pies. Una á una, fueron zarpadas todas las nasas. La colecta fué abundante; más de quince libras de pescado, lo cual es una pesca magnífica en la bahía de Marsella, donde, por muchas causas, y sobre todo por el empleo de redes de malla estrecha, va desapareciendo el pescado.

—Se acabó—dijo Micoulin.—Ahora podemos largarnos.

Cuando Federico le vió preparar la vela, inquietóse de nuevo, diciendo que sería más prudente volver al remo, con semejante viento. Pero el viejo se encogió de hombros. ¿Sabría él lo que se hacía? Y, antes de izar la vela, echó una mirada hacia la Blancarde. Naïs estaba aún allí.

Entonces, la catástrofe fué instantánea, como un rayo. Más tarde, cuando Federico quiso explicarse las cosas, recordó que, bruscamente, un golpe de viento había derribado la vela, y que

todo dió la voltereta. No recordaba más. Un gran frío y una suprema angustia. Debía la vida á un milagro; cayó sobre la vela, que lo sostuvo sobre el agua. Unos pescadores, al ver el accidente, acudieron á recogerle, haciendo otro tanto con Micoulin, que nauaba hacia la costa.

Madama Rostand no sabía nada. Se le ocultó el peligro que su hijo acababa de pasar. Al pie de la terraza, Federico y el padre Micoulin, chorreando agua, encontraron á Naïs, que había presenciado el drama.

—¡Puerca fortuna!—gritaba el viejo.—Habíamos cobrado las nasas, íbamos á llegar... ¡Maldita suerte!

Naïs, muy pálida, miraba fijamente á su padre.

—Sí, sí,—murmuró—mala fortuna... Pero cuando se vira contra el viento, se debe tener seguridad...

Micoulin se irritó.

—¡Holgazana!.. ¿Qué mascullas ahí? Ya estás viendo que M. Federico tiritita... Vamos, ayúdale.

El joven pasó el día en cama, pretextando á su madre una violenta jaqueca. Al siguiente día encontró á Naïs, con aire profundamente sombrío. Rehusaba ir á las citas; y, encontrándolo un día en el vestibulo, ella fué quien le echó los brazos al cuello, besándolo con apasionamiento. Pero no le confió las sospechas que abrigaba. Solamente, que á partir de aquel día, ejerció una severa vigilancia sobre él. Después, al cabo de una semana, empezó á dudar. Su padre iba y venía como de costumbre; hasta parecía más dulce, pegándola con menos frecuencia.

Cada estación, los Rostand hacían una gira,

á la orilla del mar, del lado de Niolon, en una garganta rocallosa, con objeto de comerse una *bouillabaisse*. Después, como había perdices en las hondonadas, se tiraban algunas perdices. Aquel año, madama Rostand quiso que Naïs fuese la encargada de servirles; y ésta no quiso escuchar las observaciones del mediero, que parecía experimentar una viva contrariedad.

Salieron temprano. La mañana era de una encantadora dulzura. Unido como una capa de hielo, el mar desenvolvía una sábana azul; en los sitios por donde pasaban corrientes, se rizaba, y el azul se obscurecía con una pincelada de loca violeta, en tanto que en los remansos, el azul palidecía, tomando una transparencia lechosa. Sobre aquel lago dormido, la lancha se deslizaba muellemente. La estrecha playa donde abordaron, se encontraba en la desembocadura de una barrancada; el campamento se instaló en medio de las rocas, sobre un tapiz de césped requemado, que debía servir de mesa.

Era toda una historia aquella *bouillabaisse* al aire libre. Previamente, Micoulin alejóse con su barco para retirar las nasas, caladas desde la vispera. A su vuelta, Naïs había arrancado tomillos, romeros y espliegos, un montón de yerbas secas suficientes para encender una fogata. El viejo, aquel día, debía guisar la *bouillabaisse*, esa sopa clásica de pescado, cuya receta se transmiten los pescadores del litoral de padres á hijos. Era una sopa terrible, fuertemente salpimentada con atroces perfumes de ajos majados. Los Rostand se divertían mucho durante la confección de aquella sopa.

Micoulin estaba alegre. Limpió primeramente el pescado en el mar, en tanto que Naïs sacaba de la lancha una gran sartén. La cosa fué

rápida; el pescado en el fondo de la sartén, sencillamente cubierto de agua, cebolla, ajo, un tomate, media taza de aceite y un puñado de pimienta; después, la sartén al fuego, un fuego terrible, suficiente para asar un carnero. Los pescadores dicen que el mérito de la *bouillabaisse* estriba en la cocción; es preciso que la sartén desaparezca en medio de las llamas.

A todo esto, el mediero, muy grave, cortaba rebanadas de pan que iba poniendo en una sopera. Al cabo de media hora, vertió el caldo sobre las rebanadas, sirviendo el pescado aparte.

—¡Ea!—dijo—¡La sopa no vale si no quema!

Y la *bouillabaisse* fué comida en medio de las bromas de costumbre.

—¿Micoulin!... ha puesto usted pólvora ahí?

—¡Riquísima! Pero se necesita una garganta de hierro...

Miconlin, devoraba tranquilamente, engulléndose una rebanada á cada bocado. Por otra parte, evidenciaba, con su prudente alejamiento, la cortedad que tenía de comer con sus amos.

Luego, en espera de que pasara lo recio del calor, todo el mundo tomó posiciones para dormir la siesta. Hacia las cuatro, se despertaron. Miconlin, aseguró que estaba seguro de encontrar un bando de perdices, allá, en el fondo de la garganta. La había visto hacia tres días. Federico se dejó tentar y ambos cogieron las escopetas.

—Te ruego—gritó madame Rostand—que seas prudente. Un pie se va, y una desgracia sucede pronto.

—¡Ah!... á veces pasa!—dijo tranquilamente Micoulin.

Partieron desapareciendo detrás de las rocas,

Naïs se levantó bruscamente y los siguió á distancia, murmurando:

—¡Voy á ver!...

Apercibió á Federico en el recodo del camino... miró luego buscando á su padre, y lo vió al otro lado, acurrucado, como si esperase. Por dos veces levantó la escopeta. Si las perdices volaban entre los dos cazadores, éstos, al tirar, podían herirse. Naïs, que se deslizaba de mata en mata, había venido á colocarse, ansiosa, detrás del viejo.

Los minutos transcurrían. En frente, Federico, había desaparecido en un accidente del terreno. Reapareció, quedando un momento inmóvil. Entonces, de nuevo, siempre acurrucado, apuntó largamente al joven. Pero Naïs, de un puntapié, levantó el cañón y el tiro partió, produciendo una terrible detonación. El viejo se levantó. Al ver á Naïs, asió la escopeta por el cañón, aún humeante, y levantó la culata para partirle el cráneo. La joven se mantenía de pie, pálida, echando llamas por los ojos. No se atrevió á descargar el golpe, y balbuceó en patuá:

—¡Vete... vete... lo mataré!

Las perdices volaron al tiro del mediero y Federico hizo fuego matando dos. A las seis, la familia Rostand entraba en la Blancarde. El padre Micoulin amaneció, con su aire de animal testarudo y tranquilo.

V

Finaba Septiembre. Después de una violenta tempestad el tiempo había refrescado mucho.

Aquella época de sus amores fué donde Naïs acentuó su terneza para con Federico. Le echaba los brazos al cuello, arrimaba el rostro para mirarle de cerca, con una pasión que le llenaba los ojos de lágrimas. Pareciale que á cada momento le iba á perder. Después le daba vivamente una lluvia de besos en la cara, como para protestar y jurar que sabría defenderle.

—¿Qué tiene Naïs? —preguntaba algunas veces madame Rostand. Cambia de día en día.

Enflaquecía, en efecto, y sus mejillas perdían el color. La llama de sus ojos se había amortiguado. Tenia largos silencios, de los que salía sobresaltada, con el aire inquieto del que despierta de una pesadilla.

—Hija mía, si estás enferma, será preciso que te curemos—repetía la señora.

—¡Oh, no!... Estoy muy contenta. Jamas he estado tan bien.

Una mañana, contando la ropa blanca, se atrevió á preguntar:

—¿Estarán mncho tiempo en la Blancarde, señora?

—Hasta fines de Octubre.

Naïs quedóse un momento pensativa, diciendo luego, sin conciencia de lo que decía:

—¡Todavía veinte dias!

La agitaba una continua lucha. Tan pronto hubiese deseado á Federico á su lado, y tan pronto estaba tentada de gritarle: «¡Vete!»

Federico estaba sorprendido de aquellos cambios de humor. Detrás de un nublado de besos, solía decirle:

—Aquí te aburres... Vete á pasar algunos dias á la ciudad.

La verdad es que encontraba á la aldeana menos linda, desde que su cara enflaquecía, y

la sociedad de aquellos amores violentos comenzaban á invadirle. Echaba de menos el agua de Coionia y los polvos de arroz de las mujercuelas de Aix y de Marsella.

Lo que espantaba á Naïs, era el oír, mañana y noche en el gesto testarudo de Miconlin, la terrible amenaza: «¡Yo le mataré!» No habia dicho una palabra, ni hecho una alusión, ni un gesto; pero, para ella, las miradas del viejo, cada uno de sus movimientos, su persona entera, la decian que mataria á Federico en cuanto hallase una ocasión propicia. Después se ocuparia de ella. Entretanto la trataba á puntapiés como á un perro pegajoso.

—¿Y tu padre? ¿Sigue tan bruto?—le preguntó una mañana Federico que fumaba cigarrillos en la cama en tanto que ella arreglaba el cuarto.

—Sí—respondió—se vuelve algo loco.

Y le enseñó las piernas llenas de cardenales producidos por las patadas de su padre. Después murmuró con voz sombría:

—¡Esto acabará!...

Durante los primeros días de Octubre, tornóse más sombría. Federico la vió muchas veces de pie sobre el acantilado, midiendo, con la mirada, la profundidad del precipicio. Días después, sorprendióle mucho ver á Antón, el jorobado, cogiendo higos, en un extremo de la finca. Antón ayudaba á Micoulin cuando este tenía exceso de trabajo. El jorobado estaba debajo de la higuera, y Naïs sobre una rama, bromeaba; le decía que abriese la boca, y le tiraba higos que se chafaban en la cara del pobre machacho. Federico no tuvo celos pero la embromó acerca de Antón.

—Antón se cortaría las manos por nosotros

—dijo ella con su voz breve.—Es preciso no despreciarlo, porque acaso lo necesitamos.

El jorobado seguía yendo todos los días á la Blancarde. Naïs no despreciaba ocasión de echar largos párrafos con él, y esta maniobra, observada por Micoulin, le valió al pobre jorobado algunos puntapiés en la espinilla, de los que le sobraban á Naïs.

Llovió durante dos días. Federico, que debía volver á Aix dentro de poco, había decidido que antes de marchar iría con Micoulin á echar un vistazo á las redes. Ante la palidez de Naïs, echóse á reír, diciéndola que no escogería para aquella expedición un día de maestral. Entonces, la joven, en vista de su próxima partida, quiso concedarle una última entrevista. Hacia la una se encontraron en la terraza, y la costumbre les encaminó bajo los olivos. Federico iba hacia el que cobijó sus primeros amores, al borde del precipicio, pero Naïs le asió por el brazo, y lo alejó del borde diciéndole con temblorosa voz:

—¡No... ahí no!

—¿Por qué?... ¿Qué te pasa?

Balbuceando, acabó por decirle, que después de una lluvia tan fuerte, el acantilado no era muy seguro.

Sentáronse más adentro, bajo otro olivo. Fué su última noche de ternura. De improviso se echó á llorar sin querer confesar el motivo de aquellas sacudidas.

El quiso consolarla, repitiéndola que vendría alguna que otra vez, y que el próximo otoño estaría dos meses á su lado; ella inclinaba la cabeza, comprendiendo que aquello había terminado. La cita dió fin á un silencio embarazoso; miraban el mar, Marsella, que reverberaba, y el

y faro de Planier, que relampagueaba solitario triste; poco á poco una inmensa melancolía les llegó de aquel vasto horizonte. Hacia las tres de la mañana, cuando se despidieron, la sintió fría, tiritando bajo sus brazos.

Federico no pudo dormir. Estuvo leyendo hasta el día; y calenturiento de insomnio, se puso en la ventana, desde que nació el alba. Justamente Micoulin iba á retirar sus nasas, y levantando la cabeza vió á Federico.

—¡M. Federico! ¡No viene usted conmigo hoy?
—preguntóle.

—No, padre Micoulin — respondió Federico;
—he dormido muy mal. Mañana iré.

El mediero se alejó arrastrando las piernas. Para buscar la lancha tenía que descender por el acantilado, debajo del olivo donde sorprendiera á su hija. Cuando desapareció, Federico, volviendo los ojos, vió con extrañeza á Antón trabajando ya; el jorobado se hallaba cerca del olivo, con una azada en la mano, rellenando el hondo canal que habían abierto las aguas. El joven entró en la habitación con ánimo de coger un cigarrillo, y al volver con él hacia la ventana, un ruido espantoso, una formidable detonación semejante al trueno, le dejó clavado... Una vez repuesto, precipitóse hacia la ventana.

Había ocurrido un desprendimiento. Vió solamente á Antón que corría agitando la azada, entre una nube de polvo rojiza. Al borde del precipicio, el viejo olivo, con las ramas torcidas, se iba hundiendo hasta que cayó trágicamente al mar. Subió un hervor de espuma en el agua y un grito terrible resonó en el espacio. Federico vió á Nais, que, sosteniéndose con ambas manos, y fuera casi todo el cuerpo de la

barandilla de la terraza, miraba el abismo. Estaba allí inmóvil. Tuvo sin duda la sensación de que alguien la miraba, pues volvióse, y gritó viendo á Federico:

—¡Mi padre!... ¡Mi padre!

Una hora después, se encontró bajo las piedras el cadáver mutilado de Micoulin. Antón, contaba que por poco no lo arrastra á él á la gleba. La madre Micoulin lloró mucho. Naïs acompañó el cadáver de su padre hasta el cementerio, con los ojos secos é inflamados, sin encontrar una lágrima.

Al siguiente día, Mme. Rostand quiso dejar absolutamente aquellos sitios, y Federico aprobó muy satisfecho tal determinación, viendo el triste final de sus amores; por otra parte las aldeanas no valían lo que las cortesanas. Reanudó su antigua vida. Su madre, encantada por la asiduidad que tuvo con ella en la Blancarde, le concedió mayor libertad. Así pues, pasó un invierno muy agradable.

Por Pascua, M. Rostand tuvo precisión de ir á la Blancarde y Federico inventó un pretexto para no acompañarle. Cuando el abogado volvió, dijo, en el almuerzo:

—Naïs se casa.

—¡Bah!—exclamó Federico estupefacto.

—Y jamás adivinaríais con quién...

—¿Quién sabe?—dijo Mme. Rostand.

—Pues se casa con Antón, el jorobado. Con esto, nadie cambia en la Blancarde. Antón se quedará de mediero y todo quedará en la familia.

Federico oyó todo aquello con una sonrisa de despecho. Después, encontró que el arreglo era ventajoso para todos.

—Naïs ha envejecido y ha perdido mucho

—repuso M. Rostand.—No la coneci... ¡Es asombroso cómo se gastan las mujeres á la orilla del mar! ¡Y cuidado que era bonita!

—¡Psé! ¡Bellezas del diablo! —dijo Federico que roía tranquilamente una chuleta.

FIN.

EL CAPITÁN BURLE

EN OBRAS DE

EL CAPITAN BURLE

I

Eran las nueve. Las calles de la pequeña ciudad de Vanchamp, estaban completamente desiertas. La noche era una de las más frías y lluviosas de Noviembre. En la calle de Recoletos, una de las más estrechas y más desiertas del barrio de San Juan, había una ventana iluminada, perteneciente al tercer piso de una vieja casa. Allí estaba madama Burle, que velaba delante de un mezquino fuego de troncos de cepa, en tanto que su hijo Carlos repasaba las lecciones á la pálida luz de una lámpara.

El cuarto, cuyo alquiler valía ciento sesenta francos anuales, se componía de cuatro piezas enormes que no era posible templar en invierno. Madama Burle ocupaba la más grande; su hijo, el capitán-cajero Burle, había tomado la habitación que daba á la calle, cerca del comedor, y Carlitos, en su camita de hierro, parecía perdido en el fondo de un inmenso salón.

Cerca de la chimenea, madama Burle estaba recostada en el brazo de un sillón de terciopelo amarillo, mirando cómo se quemaba la última cepa. Viuda de un coronel muerto la vispera de



ser general y madre de un capitán, estaba poseída de ideas de deber y de honor, siendo acérrima partidaria de la disciplina militar. Cuando su hijo se quedó viudo, después de cinco años de matrimonio, aceptó ella el cargo de la educación de Carlos, con la severidad de un sargento encargado de instruir reclutas. Vigilaba al niño sin tolerarle un capricho ni una irregularidad, obligándole á velar hasta media noche si no sabía las lecciones. Carlitos, de temperamento delicado, crecía muy pálido bajo aquella férula implacable, con sus grandes é inespresivos ojos claros.

El viento se engolfó en la calle de Recoletos y un haz de agua batió rabiosamente los cristales. La anciana había levantado los ojos y miró á Carlos para asegurarse de que no se había dormido sobre el tema de latín. Notó que la traducción no adelantaba mucho. Carlos, arrullado por el ruido de la tempestad, dormía con la pluma en la mano y los ojos abiertos, fijos sobre el papel. Entonces redobló con sus dedos secos en el borde de la mesa y el muchacho pegó un salto, abrió su diccionario y se puso á hojearlo febrilmente. Siempre muda, la vieja reunió las astillas, tratando de reanimar el fuego, pero sin conseguirlo.

En el tiempo en que aún tenía confianza en su hijo, se despojó en su beneficio de las rentecillas que poseía, y aquél las había dilapidado satisfaciendo pasiones que ella no se había atrevido á profundizar. Aún hoy, vaciaba la casa y todo se consumía en la calle; de aquí la miseria, las habitaciones desnudas, la cocina fría. Nunca le habló de estas cosas; porque, en su respeto á la disciplina, él era el amo. Únicamente se estremecía cuando pensaba que su hijo podía

cometer algún disparate que imposibilitase la entrada de Carlos en el ejército.

Levantóse para traer de la cocina algunos sarmientos, cuando una terrible borrasca, cayendo sobre la casa, sacudió las puertas, arrancó una persiana, mientras un torrente de agua inundaba las ventanas, y, en este estrépito, un campanillazo vino á sorprenderla. ¿Quién podía ser á semejantes horas y con aquel tiempo? Burle no venía jamás antes de media noche, cuando venía. Abrió la puerta y apareció un oficial, inundado, echando juramentos.

—¡Rayo de Dios!... ¡qué tiempo tan terrible!

Era el mayor Laguitte, un buen soldado que había servido bajo las órdenes del coronel Burle, en los buenos tiempos de madama Burle. Incorporado casi un niño al ejército, llegó por su bravura, más que por su inteligencia, al grado de comandante, cuando una enfermedad, un encogimiento de la pierna, á consecuencia de una herida, le hizo aceptar el pasivo empleo de Mayor. Cojeaba ligeramente, pero no se le podía decir por no ofender su amor propio.

—¡Es usted, Mayor?—dijo madama Burle cada vez más sorprendida,

—¡Sí... mil diablos!—gruñó Laguitte.—Y se necesita quererla á usted mucho para salir de casa con esta lluvia consagrada.

Y se sacudía sus ropas, vertiendo chorros de agua sobre los ladrillos. Después miró á su alrededor.

—Tengo absoluta necesidad de ver á Burle... ¿Se ha acostado ya ese holgazán?

—No ha venido aún—dijo la vieja con su voz dura.

El Mayor pareció exasperado. Se irritó, gritando;

—¡Cómo! ¿No ha venido aún? Pues entonces se han burlado de mí, en el café y en casa de Melania... ¿entiende usted? Llego, y una criada se me ríe en las narices, diciéndome que el capitán había ido á acostarse... ¡Ah!... ¡Mil rayos! Me ha fastidiado, porque venia dispuesto á arrancarle una oreja.

Se calmó, paseóse por la pieza, indeciso, trastornado. Madame Burle le miraba fijamente.

—¿Es al capitán en persona á quien tiene usted que hablar?—preguntó.

—Sí—respondió el Mayor

—¿Y no puedo comunicarle el recado?

—No.

Madame Burle no insistió. Pero permaneció de pie, mirando siempre al Mayor que no parecia dispuesto á marcharse. Por fin, en otro acceso de cólera:

—¡Tanto peor!...—dijo—¡Mil bombas!... Pues que he venido, es preciso que usted lo sepa... Quizá sea mejor.

Sentóse delante de la chimenea, alargando sus botas mojadas. Carlos, vencido por la fatiga, se habia dormido entre dos páginas abiertas de su diccionario; madame Burle iba á golpear la mesa, pero Laguitte la detuvo.

—No... deje usted dormir á ese pobre niño .. Así no nos escuchará.

La vieja sentóse en su sillón amarillo. Reinó un momento de silencio. Ambos ancianos se miraron.

—¡Pues bien... ya está!—dijo el Mayor apoyando la frase con un furioso movimiento de cabeza. Ese... marrano de Burle ha hecho la porquería!

Madame Burle tuvo un movimiento de sobresalto y palideció hasta ponerse livida.

El Mayor continuó:

—Yo desconfiaba... Tenía pensado hablar con usted cualquier día. Burle gastaba demasiado, y después tenía un aire de idiota que no me gustaba mucho. Pero jamás hubiera creído... ¡Ah! ¡Rayos de Dios!... Es preciso ser bestia para cometer semejantes porquerías...

—¿Ha robado?

—No puede usted imaginarse la cosa. ¿Entiende usted? Yo no comprobaba nunca... Aprobaba sus cuentas y firmaba. Ya sabe usted cómo se arregla eso. En el momento de la inspección, únicamente, á causa del coronel, que es un chinchoso, le decía: «Camarada, vigila tu caja, que soy yo quien responde.» Y estaba yo muy tranquilo.... Sin embargo, hace un mes, como tiene esos cascos tan ligeros, y oí algo por los aires, metí la nariz en sus registros y escudriñé los libros. Todo parecía estar en orden muy bien llevado...

Se detuvo, sacudido por un tal acceso de furia, que tuvo que desahogarse inmediatamente.

—¡Mil millones de rayos encendidos!... ¡Dos mil diablos del demonio!... ¡No es esa granujada lo que me irrita, sino la manera indecorosa de portarse conmigo! ¡Se ha burlado de mí! ¿entiende usted, madame Burle? ¡Dios de Dios! ¿Acaso me ha tomado por una acémila?

—Bueno... ¿ha robado?—preguntó de nuevo la madre.

—Esta noche—repuso el Mayor un poco calmado—me levantaba de la mesa cuando ha llegado Gagneux... Usted conoce á Gagneux, el carnicero que está en la esquina de la plaza de las Yervas. Otro pillete, ese, que ha hecho que le adjudiquen la carne y hace comer á los soldados todas las vacas enfermas del departamen-

to... Bueno... Le recibí como á un perro y me contó las verdades del barquero... Muy digno... Parece que Burle no le ha dado nunca sinocantidades á cuenta; un enredo espantoso, un embrollo de cifras que ni el diablo entiende, en resumen. Burle le debe dos mil francos, y el carnicero amenaza con ir á contárselo todo al coronel si no se le paga... Lo peor es que el cochino de Burle, para meterme en el baile, me daba cada semana un recibo falso, que firmaba descaradamente con el nombre de Gagneux... ¡A mi, á su viejo camarada, semejante porquería!... ¡Ah, esto no puede perdonarse!

El Mayor levantóse de la silla, alzó los puños al techo y se dejó caer otra vez. Madame Burle volvió á repetir:

—¿Ha robado?...

Después, sin una palabra que juzgase ó condenase á su hijo, añadió:

—Dos mil francos no los hay aquí. Total habrá unos treinta francos.

—Yo me recelaba algo—dijo Laguitte—¿Y sabe usted la causa de todo eso? Pues la casa de Melania, una reconsagrada damisela que ha vuelto completamente idiota á Burle, ¡Oh, las mujeres! Bien le he advertido que serían su desgracia... ¡No sé en qué piensa ese animal! Con cinco años menos que yo... aún se disipa, ¡Qué indecente temperamento!

Hubo un nuevo silencio. Fuera redoblaba la lluvia, y oíase á intervalos, los estrépitos de las chimeneas caídas, que arrancaba el huracán.

—Veamos—dijo el Mayor poniéndose de pie—los negocios no se arreglan hablando. Ya lo sabe usted y yo desfilo.

—¿Qué partido tomar? ¿Adónde acudir—murmuró la vieja.

—No se desespere usted, veremos... Si al menos tuviera yo esos dos mil francos... pero ya sabe usted que soy pobre.

Y se calló, embarazado. Porque él, viejo solterón, sin familia, se bebía escrupulosamente la paga y perdía al ecarté, lo que les sobraba al cognac y al ajeno. Pero, con todo eso, era un hombre honrado.

—No importa—continuó cuando estaba en el dintel—voy allá á sorprender á mi pillete en casa de su idolatrada. Removeré el cielo y la tierra... ¡Burle, el hijo de Burle, condenado por robo! ¡Vamos! ¿Es posible eso? Sería el fin del mundo. Preferiría hacer volar la ciudad... y ¡truenos de Dios! no se apesadumbre usted. Todo eso es aún más aflictivo para mí.

Y le dió un vigoroso apretón de manos, desapareciendo en la sombra de la escalera, en tanto que la vieja alumbraba, levantando la lámpara.

Cuando hubo dejado la lámpara sobre la mesa, en el silencio y la desnudez de la vasta pieza, quedó un instante inmóvil, delante de Carlos, que dormía entre las ojas del diccionario. Era aquella, con sus largos cabellos rubios, una pálida cabeza de niña. Miróle la abuela y sobre su rostro severo apareció un enternecimiento... pero fugáz; la máscara recobró enseguida su aire testarudo y de voluntad fría. Aplicó una palmada seca sobre la mano del niño diciendo:

—¡Carlos, tu lección!

El niño despertóse azorado, tiritando y se puso á ojear rápidamente su diccionario. En este momento, el Mayor Laguitte, que cerraba tras

si la puerta de la calle, recibió sobre la cabeza un tal chorro de agua, procedente de una canal rota, que se le oyó jurar de un modo terrible entre los rugidos de la tempestad.

Después no se oyó más, entre los zumbidos del viento y el chapoteo del agua, que el ligero rechinamiento de la pluma de Carlos sobre el papel. Madama Burle había vuelto á recobrar su sitio delante de la chimenea, inerte, con los ojos clavados en el moribundo fuego, con su idea fija y su actitud de todas las noches.

II

El Café de París, dirigido por la viuda Melania Cartier estaba situado en la plaza del Palacio, una gran plaza irregular, plantada de unos olmos pequeños y polvorientos. En Vauchamp se decía: «¿Vienes á casa de Melania?» Al extremo de la primera sala, muy vasta, empezaba otra, *el Diván*; muy estrecha, guarnecida con banquetas de molesquina á lo largo de las paredes, y cuatro mesas de mármol en los ángulos. Allí era donde Melania, desertando del mostrador, que dejaba al cuidado de Efrosina, la criada, pasaba la velada con algunos parroquianos, los amigos íntimos que en la ciudad solían ser llamados: «los señores del Diván.» Esto daba viso á una persona: se le nombraba en medio de una sonrisa, en la que entraban á la vez la consideración y la envidia.

Madama Cartier se había quedado viuda á los veinticinco años. Su marido, un ordinario que causó la estupefacción de Vauchamp tomando el Café de París, á la muerte de un tío,

había llegado con ella, una hermosa mañana, de Montpellier, donde iba cada seis meses á proveerse de licores. Montó su casa, y escogió, con sus provisiones, una mujer tal como indudablemente la quería, tentadora y sugestiva en el despacho de las consumaciones. Jamás se supo de dónde la había sacado; y se casó con ella después de tenerla seis meses á prueba detrás del mostrador. Las opiniones, por otra parte se encontraban divididas en Vauchamp, unos declaraban soberbia á Melania; otros decían que era un gendarme. El caso es que era una gran mujer, de facciones duras y cabellos fuertes que le caían sobre las cejas. Nadie le negaba su gracia para «engancha á los hombres.» Tenía ojos hermosos y abusaba de ellos para mirar fijamente á los señores del Diván, que palidecían ante su vista. Después corría el rumor de que poseía un hermoso cuerpo de mujer, y en el Mediodía es esa una cualidad que se aprecia mucho.

Cartier había muerto de una manera singular. Se habló de una disputa entre los esposos y de un puntapié que originó un tumor en el bajo vientre. Por lo demás, Melania se encontraba bastante comprometida, pues el café no prosperaba gran cosa. El ordinario se había comido el dinero del tío, bebiéndose la absenta del consumo y echando partidas en su propio billar. Pero le gustaba aquella vida, hecha propósito para una dama de sus condiciones. Le sobraba con los clientes del Diván, teniéndola sin cuidado que el gran salón estuviese desierto. Contentábase, pues, con renovar el papel blanco y oro del salón pequeño y echar asientos de molesquina á los taburetes. Primeramente tuvo allí de parroquiano á un farmacéutico; después

siguieron un fabricante de fideos, un abogado y un magistrado jubilado. Y de esta manera permaneció abierto el café, aunque el camarero no serviera más allá de veinte consumaciones al día. Las autoridades toleraban el establecimiento, porque se guardaban las conveniencias y también porque gran número de personas respetables se hubieran visto comprometidas.

Por la noche, en la gran sala, cuatro ó cinco pequeños rentistas de la vecindad echaban su partida de dominó. Muerto Castler, el café había tomado un carácter muy extraño; pero ellos no observaban nada, conservando su costumbre. Como el mozo era completamente inútil, Melania acabó por despedirle. Era Efrosina la que encendía un solo mechero de gas, en un rincón, para la partida de los rentistas.

A veces, una bandada de jóvenes, atraídos por las historias que habían oído contar, después de excitarse mutuamente á entrar en casa de Melaina, invadían la sala, riendo á grandes carcajadas. Pero se les recibía con cierto aire de glacial dignidad; no veían á la dueña, pero si por casualidad estaba allí los aplastaba bajo un desprecio de mujer hermosa, que los dejaba balbucientes. Melania tenía demasiada inteligencia para descender al terreno de las tonterías.

En tanto que la gran sala permanecía oscura, iluminada solamente en el ángulo donde los modestos rentistas meneaban mecánicamente sus fichas, servía en persona á los señores del Diván, permitiéndose, en las horas de abandono, reclinarsse sobre la espalda de alguno de ellos, para seguir algún golpe interesante de ecarté.

Un día, aquellos señores que habían acabado

por tolerarse, tuvieron una desagradable sorpresa, al encontrar al capitán Burle instalado en el diván. Había entrado, según parece, á tomar un vermohut por la mañana casualmente; y solo con Melaina entablaron conversación. Por la noche, cuando volvió Efrosima le hizo pasar inmediatamente al salón pequeño.

Dos días después, Burle reinaba, sin haber por esto, puesto en fuga ni al farmacéutico, ni al fabricante de fideos, ni al abogado, ni al antiguo magistrado. El capitán; bajito y ancho, adoraba á las mujeres altas. En el regimiento le apodaban «faldillero» por su insaciable hambre de mujer, por la rabia de sus apetitos, que se satisfacían no importaba cómo ni dónde, tanto más violentos, cuanto que podían morder en un bocado más grande. Cuando los oficiales, y aun los mismos soldados se topaban con alguna odre de carne, un desbordamiento de atractivos, ó una gigante hinchazón de grasa, ya fuese vestido de terciopelo, ó llevase refajo, exclamaban: «¡Gran bocado para ese reconsecrado faldillero!» Todas le cuajaban; y por la noche, en el cuarto de banderas se predecía para él la muerte por reventamiento. Así, Melania, aquel bello cuerpo de mujer lo prendió por entero, con una fuerza irresistible. Naufragó, se abismó en ella. Al cabo de quince días había caído en un embrutecimiento de amante gordo que se vacía sin enflaquecer. Sus ojos pequeñuelos, perdidos en mitad de su rostro abotargado, seguían á la viuda por todas partes, con una mirada de perro apaleado. Se desvanecía, en eterno éxtasis delante de aquella gran figura de mujer, coronado por un macizo de cabellos, duros como cerdas. Temiendo que no le cortase los víveres, como él decía, toleraba á

aquellos señores del diván, y le entregaba su paga hasta el último céntimo. Un sargento dijo la palabra que pintaba la situación:

—*Faldillero* ha encontrado su agujero, y se quedará allí.

¡Un hombre enterrado!

Eran cerca de las diez, cuando el Mayor Laguitte abrió la puerta del Café de Paris. Por el postigo, lanzado como un ariete, se entrevió un instante la plaza del Palacio, negra, convertida en un lago de fango líquido que hervía bajo el aguacero. El Mayor, calado ahora hasta los huesos, dejando tras sí un río de agua, se fué derecho al mostrador, donde Efrosina leía una novela.

—¡Marrana—gritó;—eres tú la que te guaseas con los militares!... Merecerías...

Levantó la mano, y le descargó un sopapo capaz de atronar un buey. La criadita retrocedió, atontada, mientras los burgueses, asustados, volvieron la cabeza sin comprender. Pero el Mayor no se detuvo; empujó la puerta del saloncito y entró en el preciso momento que Melaina, hacía beber á Burle con mucho mimo un grog á cucharaditas, del mismo modo que se le da la ración á un jilguero de cría. Burle había llegado aquella noche muy triste; y Melaina, que necesitaba trescientos francos para el siguiente día, aprovechaba la ocasión, para mostrarse ardiente.

—¡Veamos... corazoncito de su madre! Alargue usted el piquito... ¿Eh? ¡Qué rico es... cochinito mío!

El capitán, más encarnado que un tomate y con los ojos mortecinos, chupaba la cucharilla, con un aire de profundo goce.

—¡Bendito sea Dios!—ahulló el Mayor, de pie

sobre el dintel.—¡Te haces cebar ahora por las mujeres! Me han asegurado que no habías venido, y veo con gusto que estás aquí y estás recriándote!

Burle, rechazando el vaso, se había estremecido. Con un movimiento irritado, Melania se adelantó como para cubrirle con sus anchas espaldas. Pero Laguitte la miró en la cara, con ese aire tranquilo y resuelto que conoce bien las mujeres amenazadas de recibir una bofetada.

—Déjenos usted—dijo sencillamente.

Vaciló todavía un instante. Pero creyó sentir el viento de la bofetada, y aunque ocultando la rabia que sentía se fué con Efrosina al mostrador.

Cuando estuvieron solos, el Mayor Laguitte se plantó delante del capitán Burle; después, con los brazos cruzados, encorvándose, le gritó en plena cara:

—¡Cochino!

El otro, sorprendido, quiso irritarse, pero no tuvo tiempo.

—¡Cállate!... ¡Has abusado suciamente de un amigo! Me has endosado recibos falsos que pueden llevarnos á presidio. ¿Es eso decente? ¿Se hacen semejantes cosas cuando media una amistad de treinta años?

Burle se desplomó sobre el taburete tornándose livido. Un escalofrío de terciario agitó todos sus miembros. El Mayor continuó, agitando á su alrededor y pegando puñetazos sobre la mesa:

—¡Has robado como un chupatintas, y todo por ese camello!... Si hubiera sido para tu madre y tu hijo sería perdonable. Pero ¡Dios de Dios! Comer patatas y traer el dinero á este chamizo es lo que no comprendo. Dime, ¿qué tienes

pues, en ese calabacín para chiflarte á tus años con semejante sargertón! No mientas, porque te he visto ahora mismo hacer con ella algunas cochinerías.

—¡En cambio tú juegas!—balbuceó el capitán.

—¡Sí... yo juego, truenos del diablo!—repuso el Mayor á quien esta observación calmó la ira. Y soy un consagrado cochino jugando, porque esto me come todas mis economías, y no es un honor para el ejército frances... Pero... ¡por Cristo y todos los santos! ¡Juego sí, pero no estafol!... Revienta si quieres; deja morir de hambre á tu madre y al pobre chiquitín; pero respeta la caja, y no hagas la pascua á los amigos!

Burle permanecía con los ojos fijos, el aire imbécil. No se oyó, durante un momento, sino los taconazos del Mayor.

—¿Y que no se repita, eh?—repuso éste violentamente—¿Quieres verte entre dos gendarmes? ¡Ah, marrano!

Después deponiendo un tanto su actitud belicosa, lo cogió por la muñeca y le hizo levantar.

—¡Vamos, ven! Hay que ver alguna cosa enseguida, porque no quiero acostarme con ese peso sobre el estómago... Tengo una idea.

En la sala grande, Melania y su criada hablaban vivamente en voz baja. Cuando Melania vió salir á los dos hombres, se atrevió á acercarse, para decirle á Burle en voz baja:

—¡Cómo, capitán! ¿Se va usted?

—Sí, se va—respondió brutalmente Laguitte—y me parece que no volverá á poner los pies en esta indecente guarida.

La criadita, espantada, tiró del vestido de su ama. Tuvo Melania la desgracia de murmurar

la palabra «borracho», y el Mayor le descargó un terrible bofetón. Las dos mujeres bajaron la cabeza esquivando el golpe y la bofetada no alcanzó sino el cogote de Eufrosina, aplastándole el gorro y rompiéndole la peineta. Resonó un grito de indignación entre los rentistas del dominio.

—¡Rayos y truenos! ¡Vámonos! —dijo Laguitte empujando á Burle hasta la calle—Vámonos, porque si me quedo no va á quedar ahí dentro titere con cabeza.

Fuera ya, para atravesar la plaza, se hundieron en el agua hasta los tobillos. La lluvia, impulsada por el viento, les rociaba la cara. En tanto que el capitán caminaba silencioso, el Mayor se puso de nuevo á reprocharle su cochina con mayor ímpetu. Un hermoso tiempo para ir por las calles ¿verdad? Si él no hubiera hecho semejantes tonterías, estarían calentitos en la cama en lugar de chapotear como perros perdidos. Después habló de Gagneux. Un granuja, cuyas carnes podridas habían, tres veces ya, proporcionado nn cólico al regimiento entero. Dentro de ocho días terminaba el contrato firmado con él. ¡Pero antes se lo llevaría el demonio, á él, al Mayor Laguitte, si se lo quedaba otra vez!

—¡Esto depende de mí... escojo lo que me da la gana. Preferiría perder un brazo que darle á ganar un céntimo á ese envenenador!

Resbaló y metióse en un charco hasta las rodillas... y con la voz ahogada por las maldiciones, añadió:

—¿Voy á su casa, sabes?.. Subiré y tú te quedarás en la puerta...

Quiero ver lo que ese hijo de perra tiene dentro del vientre, y si se atreverá á ir mañana á

casa del coronel como me ha dicho... ¡Con un carnicero, rayos celestiales!... ¡Comprometerse con un carnicero! ¡Ah... no tienes vergüenza... y no te lo perdonaré!

Llegaron á la plaza de las Yervas. La casa de Gagneux estaba completamente á oscuras, pero Laguitte llamó con estrépito y acabaron por abrirle.

Sin preocuparse del agua que caía á torrentes, el capitán Burle no pensaba siquiera en buscar un abrigo. Permaneció plantado en la esquina de la plaza, de pie, batido por la lluvia, y con la cabeza atontada por un gran zumbido que le impedía reflexionar.

La casa, con la puerta y las ventanas cerradas, parecía muerta, y él la miraba con fijeza. Cuando el Mayor salió, al cabo de una hora, le pareció al capitán que á penas acababa de entrar.

Laguitte, con aire sombrío, no dijo una palabra. Burle no osó interrogarle. Durante un instante se buscaron, adivinándose en las tinieblas. Luego, siguieron las calles lóbregas, donde rodaba el agua como en el cauce de un arroyo. Iban de aquel modo, distraídos y silenciosos; el Mayor, abismado en gran silencio, sin proferir ningún juramento, cosa muy rara en él.

Sin embargo, al pasar de nuevo por la plaza del Palacio, como el Café de Paris tuviese aún luz, el Mayor dió unas palmadas sobre las espaldas del capitán diciéndole:

—¡Si entrases algún día en ese chamizo!...

—¡No tengas miedo!—interrumpió el capitán sin dejarle acabar la frase.

Y le tendió la mano.

—No, no;—repuso al Mayor—te acompaño

hasta tu casa. Con esto, al menos, tendré la seguridad de que no volverás allí esta noche.

Continuaron su camino. Subiendo la calle de Recoletos, ambos aflojaron el paso. Después, delante de su puerta, cuando sacó la llave del bolsillo, el capitán acabó por reventar...

—¿Y qué?...—preguntó.

—¿Y qué?—repitió el Mayor con ruda voz—soy un cerdo como tú...

—Sí, he hecho una marranada.

—¡Que se te lleven mil demonios! Nuestros soldados comerán aún tres meses carnes de desecho...

Y explicó que Gagneux, aquel antipático Gagneux, era un pícaro de siete suelas que poco á poco lo había llevado á un arreglo; no iría á buscar al coronel, y aún haría carta de pago de los dos mil francos, reemplazando los recibos falsos con otros auténticos; pero en cambio exigía que el Mayor le asegurase en el próximo concurso la aceptación de su propuesta, como proveedor de carne. Era una cosa arreglada.

—¡Digo!—repuso el Mayor—figúrate el negocio que hará el animal ese cuando regala así dos mil francos.

Burle, ahogado por la emoción, había asido las manos de su viejo camarada. Casi no pudo expresarle con frases balbucientes todo el agradecimiento que le embargaba. La porquería que el mayor acababa de cometer para salvarle le conmovió hasta hacerle derramar lágrimas.

—¡Está bien por la primera vez!—gruñó éste.

—Era preciso hacerlo así... ¡rayos del cielo! ¡No tener uno dos mil francos en su secreter! ¡Esto es para ponerle á uno en situación de no tocar jamás una carta!... ¡Tanto peor para mí! Yo soy

un animal... Solo que, escucha, no repitas, porque el diablo me lleve si reincido yo.

El capitán le abrazó. Cuando hubo entrado, el Mayor se detuvo un rato delante de la puerta para cerciorarse de que Burle iba á acostarse. Después, como sonase media noche y la lluvia continuara prodigando sus chorros sobre la obscura ciudad, se dirigió con mucha dificultad hacia su casa. La situación de sus soldados le trastornaba. Se detuvo un momento y dijo en voz alta con acento lleno de una tierna compasión:

¡Pobres muchachos... todavía han de comer esas vacas por dos mil francos!

III

En el regimiento, aquello fué una estupefacción. Faldilleso había roto con Melania. Al cabo de una semana, la cosa estaba probada, innegable; el capitán no ponía los pies en el Café de París, y se contaba que el farmacéutico había tomado la silla, aún caliente, con gran pesadumbre del viejo magistrado.

Y, ¡cosa aún más increíble! el capitán se había encerrado en su casita de la calle de Recoletos.

Se acostumbró á permanecer casi siempre en el hogar doméstico, hasta el punto de pasar las veladas al lado de la chimenea, y tomarle las lecciones á Carlitos. Su madre, que nada le había indicado de sus manejos con Gagneux, guardaba, delante de él, en su sillón amarillo, la misma severa inercia; pero sus miradas indicaban que le creía curado.

Quince días después, el mayor Laguitte vino

una noche á convidarse á cenar. Experimentó alguna contrariedad al encontrarse con Burle, no por él, sino por el capitán en quien temía despertar desagradables recuerdos.

Sin embargo, puesto que el capitán se corregía, deseaba darle un apretón de manos y comer un pedazo de pan con el.

Esto le causaba gran placer.

Burle estaba en su habitación, cuando se presentó Laguitte. Fué madama Burle quien le recibió. Luego de decirle que venia á comer con ellos, añadió, bajando la voz:

—¿Qué tal?

—Todo marcha bien—contestó la vieja señora.

—¿Ya no hace locuras?

—Ninguna... se acuesta á las nueve y parece que está muy contento...

—¡Ah! ¡Sangre de biablo! ¡Eso es bueno! Ya sabía yo que era necesario arrimarle un palo... ¡Todavía tiene corazón, ese animal!

Cuando Burle apareció, apretóle las manos hasta estrujárselas. Y, delante de la chimenea, antes de sentarse á la mesa, se habló burguesamente, celebrando las dulzuras del hogar doméstico. El capitán declaró que no cambiaría hoy la paz de su casa por un reino; cuando se quitaba las polainas y se calzaba las babuchas, tendiéndose en su sillón, el rey—decía él—no era nadie á su lado. El Mayor aprobaba, examinándole detenidamente. Sin duda alguna la buena conducta no le enflaquecía, pues permanecía gordo, los ojos saltones, la boca carnosa.

Dormitaba á medias, embutido en su propia carne, repitiendo:

—¡No hay otra cosa que la vida de familia!
¡Ah... la vida de familia!

—Está muy bien—dijo el Mayor viéndole tan conforme;—pero es preciso que no haya exageración en nada... Haz ejercicio... ve de vez en cuando al café...

—¿Al café?... ¿Y á qué?... Tengo aquí todo lo que necesito. No, Laguitte, no; no me muevo de mi casa.

Carlos arreglaba sus libros, y Laguitte quedó sorprendido viendo á una criada que se disponía á arreglar la mesa.

—¡Toma!... ¿Tienen ustedes criada?—dijo á madama Burle.

—Y era muy necesaria—respondió ésta suspirando.—Mis piernas se cansan, y toda la casa estaba abandonada... Felizmente el padre Cabrol me ha confiado su hija. ¿Conoce usted á Cabrol, el encargado de limpiar el mercado?

No sabía qué hacer de Rosa. La enseñó á guisar un poco.

La criada salió.

—¿Qué edad tiene?—preguntó el Mayor.

—Diecisiete no cumplidos. Es torpe y sucia; pero se contenta con diez francos al mes, y no come más que sopa.

Cuando entró Rosa con un rimero de platos, Laguitte, á quien las mujeres interesaban muy poco, la siguió con la mirada, asombrado de encontrar una mujer tan fea. Era pequeña de cuerpo, negra, ligeramente cargada de espaldas, con una cara ancha donde campeaba una naricilla chafada, boca grande y hendida, y luciendo muy cerca de la frente un par de ojillos verdosos. Las caderas anchas y los brazos largos.

—¡María Santísima, qué esperpento! —exclamó Laguitte.

—¡Bah!—murmuró Burle con negligencia.—

Hace todo lo que uno quiere. Siempre sirve para fregar la loza.

La comida fué muy expansiva.

Había cocido y un guiso de carnero. Se le hicieron contar á Carlos cosas del colegio. Madama Burle, para demostrar lo listo que era el niño, le hizo varias veces esta pregunta: «¿Verdad que tú quieres ser militar?» Y una sonrisa desfloraba sus labios pálidos cuando el pequeño respondía con la aquiescencia temerosa de un perro sabio: «Sí, abuelita.»

El capitán Burle había puesto los codos sobre la mesa, masticando lentamente, absorto. Subía cierto calorcillo y la única lámpara que alumbraba la mesa, dejaba en la penumbra los rincones de la destartada habitación.

Era un bienestar pesado, una intimidación de gentes sin fortuna, que cambian rara vez de plato y á quien alborozan un postre de huevos á la nieve, servidos en compotera á última hora.

Rosa, cuyos pesados talones hacían retemblar la mesa, cuando andaba alrededor de ella, no había abierto aún la boca. Fué á plantarse delante del capitán y preguntó con voz ronca.

—¿El señor quiere queso?

—¿Como? ¿Que?—dijo Burle estremeciéndose.

—¡Ah sí! Trae queso... coje bien el plato...

Se cortó una rebanada de gruyère, en tanto que la criadita le miraba con sus ojos chiquitines. Laguitte se echó á reír. Desde el principio de la comida Rosa le divertía extraordinariamente. Bajando la voz, le dijo al capitán confidencialmente:

—No... lo es que yo la encuentro despatarrante... No se tiene por lo común ni esa nariz ni esa boca... Enviala un día á casa del coronel para que la vea. Eso le distraerá.

Aquella fealdad lo expansionó paternalmente. —¿Y yo, hija mía, y yo? También quiero queso.

La muchacha le presentó el plato; y el Mayor, con el cuchillo hundido en el gruyère, se la quedó mirando, riendo á sus anchas, pues notó entonces que la pobre Rosa tenía una ventanilla de nariz mayor que la otra. La doméstica, muy grave, se dejó inspeccionar y esperó á que el buen señor se sirviese el queso, y acabase de reir.

Quitó los manteles y desapareció. Burle durmióse inmediatamente, en un rincón de la chimenea, en tanto que conversaban el Mayor y su madre. Carlos atendía á sus obligaciones. Un hálito de paz descendía del techo. Á las nueve, despertóse Burle bostezando, y declaró que se iba á la cama; preferiría quedarse, pero á pesar suyo se le cerraban los ojos. Cuando el Mayor se fué, media hora más tarde, Mme. Burle buscó en vano á Rosa para que alumbrase; debía haber subido á acostarse; una verdadera gallina, que dormía doce horas roncando como un órgano.

—No moleste usted á nadie—dijo Laguitte, sobre el rellano.—No tengo mejores piernas que usted; pero cogido al pasamano, creo que no me romperé nada. En fin, querida señora, estoy muy contento. He aquí terminados sus sinsabores. He estudiado á Burle y le juro á usted que no hay oculta en él la menor farsa .. ¡Truenos!... Ya era hora de que abandonase las faldas... Hubiera concluído mal.

El Mayor se marchó encantado. ¡Una casa de honradas personas donde las paredes eran de cristal; allí no había medios de cometer porquerias,

En esta conversión, lo que más le gustaba era el no tener que comprobar las cuentas de Burle. Nada le mortificaba tanto como aquellos papeletes. Desde el momento en que Burle se regeneraba no tenía más que firmar y fumar la pipa tranquilamente, á ojos cerrados. Sin embargo, si dormía con un ojo velaba con el otro. Los recibos eran auténticos, los totales se equilibraban admirablemente; no había allí irregularidad alguna. Al cabo de un mes, se contentaba con echar una ojeada sobre los recibos y asegurarse de los totales, como había hecho siempre, al principio. Pero una mañana, sin desconfianza ninguna, sino únicamente porque había encendido una pipa, sus ojos se detuvieron en una suma, y comprobó un error de trece francos, el total estaba también forzado en trece francos para balancear las cuentas; y no había allí error de pluma en las sumas escritas, pues las comparó con los recibos. Esto le olió á chamusquina; pero no dijo una palabra á Burle prometiéndose revisar las cuentas. A la siguiente semana, nuevo error; unos diecinueve francos. Entonces, asaltado por una gran inquietud, se encerró con sus registros y pasó una abominable mañana sumando, comprobando, sudando, maldiciendo, con el cráneo volado por las cifras. Y á cada suma se encontraba con un déficit de algunos francos; aquello era pobre, diez francos, ocho, once; en las últimas descendía á cuatro y tres francos, y aún había una partida de la cual Burle se había quedado tan solo un franco cincuenta céntimos. Hacía dos meses, pues, que el capitán rebañaba de aquel modo los cuartos de la caja. Y comparando las fechas, el Mayor pudo comprobar que la famosa lección le había servido para tenerle tranquilo ocho días justos.

Este descubrimiento le acabó de exasperar.

—¡Maldita sea su alma—rugió desesperado, dando grandes puñatazos sobre los libros:—esto es aún más sucio! ¡Al menos los falsos recibos de Gagneux, tenían cierta gracia!... Mientras que ahora... ¡Mil millones de diablos! se pone á la altura de una cocinera sisando diez céntimos de escarola... ¡Arañar en las sumas! ¡Meterse seis reales en el bolsillo! ¡Dios de Dios! ¡Sé digno al menos, canalla! ¡Llévate la caja y derróchala con esas cómicas indecentes!

La vergonzosa pobreza de semejantes latrocinios le indignaba. Además, estaba furioso de ser juguete otra vez de aquellas sumas falsas, medio tan primitivo y tan bestia. Durante una hora estuvo dando vueltas por su gabinete como una pantera enjaulada, fuera de sí, no sabiendo qué hacer, y profiriendo frases en voz alta.

—Decididamente es un hombre perdido. Es preciso obrar.. Yo le echaré una caballería todas las mañanas, pero eso no le impedirá meterse en el bolsillo dos ó tres francos cada tarde. Pero... ¡truenos de Dios! ¿dónde se come eso? ¡El no sale, se acuesta á las nueve, y todo parece tan honrado, tan digno en aquella casa! ¿Es que ese cochino tendrá todavía vicios que no le conozco?

Se sentó en su mesa y sumó las cantidades subtraídas, que subían á ciento cuarenta y cinco francos. ¿Dónde encontrar aquella suma? Precisamente se acercaba el día de inspección; y bastaba que el coronel se detuviese en una suma para que descubriera todo el ajo. Burle estaba fastidiado.

Esta idea calmó al Mayor. Ya no juró más y permaneció frío, ante la imagen de madame

Burle, recta y desesperada delante de él. Al mismo tiempo sentía su corazón tan oprimido, que estallaba su pecho.

— Veamos — murmuró — es preciso que yo aclare primeramente las historias de ese granuja.

Siempre había tiempo para obrar después.

Se fué al despacho de Burle. De la acera de enfrente, apercibió una falda que desaparecía por la puerta entreabierta. Creyendo tener el hilo de la madeja, se deslizó detrás y escuchó. Era Melania, á quien reconoció por su voz aflautada. Se quejaba de aquellos señores del diván, hablaba de un billete que no sabía cómo pagar; los alguaciles habían estado en su casa y todo se lo iban á vender.

Después, como el capitán apenas respondía, diciendo que no tenía un céntimo, ella concluyó por estallar en lágrimas. Lo tuteaba, llamándole el «queridito de su madre». Pero aun cuando emplease sus grandes seducciones éstas no debían producir el mayor efecto, puesto que la voz sorda de Burle, repetía: «¡No es posible! ¡no es posible!» Al cabo de una hora cuando Melania se retiró estaba furiosa. El Mayor, asombrado del giro de las cosas, esperó un momento á que el capitán estuviese solo, para entrar. Encontróle muy tranquilo y, apesar del deseo que tenía de tratarlo de indecente y marrano, resolvió saber de antemano la verdad.

El despacho no estaba contaminado con la granujería del cajero. Delante de la mesa de madera negra, sobre el sillón de junco, había un honrado asiento de cuero, y, en un rincón la caja sólidamente cerrada, sin grietas de ninguna clase. Venía el verano, y el canto de un jilguero penetraba por la ventana. Todo estaba

muy en orden, las carpetas exhalaban un olor á papel viejo que inspiraba confianza.

—¿No es esa gendarme de Melania la que salía al entrar yo?—preguntó Laguitte.

Burle se encogió de hombros murmurando:

—Sí... ¡Aún venía á darme la lata pidiéndome doscientos francos!... ¡Ni diez francos... ni diez céntimos!

—¡Toma—repuso el Mayor para sondearlo—pues me habían dicho que la veías otra vez!

—¿Quién... yo? Ah... no. Estoy hasta la coronilla de elefantes.

Laguitte se retiró muy perplejo. ¿A quién habían beneficiado aquellos ciento cuarenta y cinco francos? ¿Acaso el bandido se habría enfrascado en la bebida ó en el juego?

Prometiése sorprender á Burle en su misma casa aquella noche; puede que haciéndole hablar y preguntándole á su madre llegaría á conocer la verdad. Pero, después de mediodía, empezó á dolerle atrocemente la pierna; hacía algún tiempo que la pierna aquella... ¡truenos de Dios!... le daba muy malos ratos, y tuvo que resignarse al uso de un bastón para que no fuese tan notada su cojera.

Aquel bastón le desesperaba; y como decía con impotente rabia, estaba próximo á ingresar en el cuartel de inválidos. Sin embargo aquella noche, por un esfuerzo de voluntad, levantóse del sillón; y, abandonándose sobre su bastón en la noche oscura, se arrastró hasta la calle de Recoletos. Sonaban las nueve cuando llegó. La puerta de la calle estaba entreabierta. Bufaba al llegar al tercer piso cuando el rumor de una voz, proveniente de arriba, le sorprendió. Creyó reconocer la voz de Burle. Por curiosidad, subió. En el fondo de un pasillo, á la izquierda,

una puerta dejaba pasar un rayo de luz; pero, al crujido de sus botas, cerróse la puerta y quedó á obscuras.

—¡Qué bestia soy!—murmuró.—Alguna cocinera que se acuesta.

Sin embargo, fué, lo más suavemente posible, á poner una oreja sobre la puerta. Se oían dos voces. Quedó estupefacto. Eran aquel cochino de Burle y la monstruosa Rosa.

—Me habías prometido tres francos—decía rudamente la criadita.—Dámelos.

—Querida mia, mañana te los traeré—afirmaba el capitán con voz suplicante.—Hoy no he podido.—Ya sabes que cumplo siempre mis promesas.

—No... dame tres francos ó te vas á freir espárragos.

La heroína debía haberse desnudado ya, y estaba sentada en el borde del catre, porque éste crugía á cada uno de sus movimientos. El capitán se acercó al lecho, y con voz cariñosa:

—Sé amable—le dijo.—Hazme sitio.

—¿Quieres dejarme?—gritó Rosa con voz desapacible.—Voy á gritar... se lo diré todo á la vieja... ¿Cuándo me darás los tres francos?

Y no salía de sus tres francos, como esos asnos testarudos que no quieren pasar un charco.

Burle se incomodó, lloró: después, para enternecerla, sacó del bolsillo un tarro de confitura, que había cogido en el armario de casa. Rosa aceptó, y se puso á vaciarlo, sin pan, con un tenedor sin mango que rodaba por la mesilla al lado de los peines. Estaba muy rico. Pero, cuando el capitán creía haberla conquistado, vió que le rechazaba con el mismo gesto obstinado.

—¡Me caso en tu confitura... los tres francos son los que yo quiero!

A esta última exigencia, el Mayor levantó el bastón, para derribar la puerta. ¡Sangre de dios! ¡Reconsagrada sangre! ¡Y era un capitán del ejército francés el que aceptaba aquello! Olvidó las porquerías de Burle, y hubiera estrangulado á aquel horror de mujer por sus modales. ¡Acaso era digna de que se la diera un solo céntimo!

¡Ella... ella es la que debía de haber pagado! Pero se contuvo para oír la continuación.

—Me das muchos disgustos—decía el capitán;—á mi que me porto tan bien contigo.. Te he comprado un traje, después unos zarcillos do oro, después un relojito... Ni siquiera usas mis regalos.

—¡Toma... para echarlos á perder! Es papá quien guarda todo eso...

—¿Y el dinero que me has sacado?

—Papá lo guarda.

Hubo un silencio. Rosa reflexionaba.

—Oye, si me juras que mañana me traerás seis francos, te hago sitio... Ponte de rodillas y júrame que mañana me traerás seis francos... No, no, de rodillas...

El Mayor Laguitte, convulso, se alejó de la puerta y se recostó sobre el tabique opuesto. Sus piernas flaqueaban y blandía el bastón en la obscuridad. ¡Ah! ¡Dios de Dios! ¡Entonces comprendió por qué aquel indecente cochino de Burle no salía de casa y se acostaba á las nueve! ¡Una linda regeneración, por vida suya... Y con una asquerosa, sucia, que el último de los pastores no hubiese tirado sobre un montón de estiércol!

—Pero... ¡sangre de dios!—gritó el Mayor.—¿Por qué al menos no ha seguido con Melania?

¿Qué hacer? ¿Entrar y propinarles á los dos

una lluvia de bastonazos? Esta fué la primera idea; luego tuvo compasión de la pobre vieja que dormía en la habitación contigua. Lo mejor era dejarlos sobre su montón de basura. Nada digno se alcanzaría ya del capitán. Cuando un hombre caía tan bajo, se podía impunemente echarle una paletada de tierra sobre la cabeza, como á un animal podrido que envenena el ambiente. Hubiera podido hundirle la cabeza, pero empezaría al siguiente día y acabaría por robar piezas de á diez céntimos para pagarles copas á las piojosas que piden limosna. ¡Sacratísimo nombre! ¡El dinero del ejército francés! ¡El honor de la bandera! ¡Y el nombre de los Burle, ese nombre respetado que iba camino de los sumideros! ¡Cristo bendito! ¡Aquello no podía acabar así...

El Mayor tuvo un instante de enternecimiento. ¡Si cuando menos tuviera los ciento cuarenta y cinco francos!... ¡Pero, ni un céntimo! La víspera, en la casa de huéspedes, después de haberse embriagado con cognac como un tenientillo, perdió su dinero al ecarté.

¡Bien hecho... en castigo iba arrastrando la pierna!

Entonces, dejó á los enamorados. Bajó al tercero y llamó. Al cabo de cinco largos minutos, la viuda vino á abrirle.

—Perdóneme usted—dijo madama Burle—creí que esa marmota de Rosa estaba por ahí todavía... Será preciso que vaya yo á menearla un poco la cama.

El Mayor la detuvo.

—¿Y Burle?—preguntó.

—¡Oh... roncando desde las nueve... ¿Quiere usted llamarle?

—No, no... Deseaba únicamente darla á usted las buenas noches.

En el comedor, Carlos, delante de la mesa, en su sitio de costumbre, acababa su tarea. Pero tenía el aspecto aterrado, y sus pobres manecitas diáfanas, temblaban. Su abuela, antes de enviarlo á dormir, le leía relatos de batallas, para desarrollar en él, el espíritu marcial de la familia. Aquella noche, la historia del *Vengador*, (1) aquel navío cargado de moribundos que el mar se engulló, había dejado al niño bajo la influencia de una crisis nerviosa y con la cabeza llena de ideas terroríficas.

Madama Burle pidió permiso al Mayor para acabar la lectura. Después, cerró solemnemente el libro; y cuando el último marinero hubo gritado: «¡Viva la República!» Carlos estaba blanco como una azucena.

—¿Has entendido, hijo mío?—dijo la vieja.— ¡El deber de todo soldado francés es morir por la patria!

—Sí... abuelita.

Y abrazó á su abuela y se fué, tiritando, á acostarse en su gran salón, donde, al menor ruido, temblaba como un azogado.

El Mayor había escuchado con aire grave. Sí... ¡mil veces nombre de Dios! el honor era el honor... y jamás consentiría en que aquel pillete de Burle, deshonrase á la pobre ni al misero chiquitín.

Puesto que el pequeño tenía una afición tan

(1) Navío francés que, en la rada de Tolón, rodeado por el enemigo, se echó á pique, y el último hombre vivo que quedó á bordo, fué el último que tremoló la bandera. Repetición de nuestra «Santísima Trinidad».—N del T.

decidida al ejército, era preciso que pudiese entrar en Saint-Cyr, con la frente muy alta. Sin embargo, el Mayor retrocedía ante una idea consagrada que iba metiéndosele en la cabeza, después de la historia de los seis francos del último piso, cuando madama Burle tomó la lámpara para hacerle luz en el descenso. Al pasar por delante de la alcoba del capitán, sorprendióse al ver la llave de la puerta, cosa que no pasaba con frecuencia.

—Entre usted—dijo—no le es sano dormir tanto, se vuelve pesado.

Y antes que el mayor pudiese impedirlo, abrió la puerta y se quedó fría, viendo desierta la estancia. Laguitte enrojeció y puso una cara tan estúpida, que la pobre mujer comprendió inmediatamente, ilustrada por el recuerdo de mil pequeños hechos.

—¡Usted lo sabía... usted lo sabía!...—balbuceó—¿Por qué no decírmelo?—¡Dios mío, Dios mío! En mi casa, al lado de su hijo, con esa asquerosa atropella-platos, con ese monstruo!... ¡Y ha robado... estoy segura... lo presiento!

Se quedó erguida, pálida é inerte; después, añadió con voz dura:

—¡Créame usted!... Quisiera verle muerto.

Laguitte la cogió las dos manos y se las estrechó fuertemente entre las suyas. Se fué enseguida, porque tenía un nudo en la garganta y hubiese llorado.

¡Ah, imbécil, imbécil!

De esta vez no se escapaba. La cosa estaba decidida.

IV

La inspección general tendría lugar á fin de mes. El Mayor tenía diez días de plazo. Desde la siguiente mañana se deslizó cojeando al Café de París, pidiendo un bock.

Melania se puso pálida como un muerto y con el temor de recibir una bofetada, atrevióse Eufrosina á servir el bock pedido. Pero el Mayor estaba muy tranquilo; se hizo poner una silla para extender la pierna sobre ella; después, bebió su cerveza como un particular que tiene sed. Hacia una hora que estaba allí, cuando vió pasar por la plaza del Palacio á dos oficiales, al comandante Morandot y al capitán Doucet. Les llamó, agitando vivamente el bastón.

—¡Vengan ustedes á tomar un bock!—gritóles cuando los tuvo á tiro.

Los oficiales no se atrevieron á rehusar. Cuando la criadita les hubo servido:

—¿Viene usted aquí ahora?—preguntó Morandot al Mayor.

—Sí... la cerveza es buena.

El capitán Doucet guiñó un ojo con aire maligno.

—¿Pertenece usted al divan, Mayor?—dijo.

El Mayor se echó á reir sin responder. Lo bromearon respecto de Melania. El se encogió de hombros con mansedumbre. Después de todo era una hermosa figura de mujer, y ya se podían burlar de él; los que parecían escupir al aire, la hubieran hecho el caldo gordo. Después, volviéndose hacia el mostrador, y tratando de tomar un aire gracioso, dijo:

—¡Señora... lo mismo!

Melania estaba tan sorprendida, que ella en persona sirvió la cerveza. Cuando colocó los bocks el Mayor la detuvo; hasta llegó á pegarle palmaditas en las manos. Entences, la dueña, acostumbrada á los golpes y á las caricias, mostróse muy galante, creyendo en una fantasía aquella ruína, como le llamaba en la intimidad del diván: Doucet y Morandot, se miraban estupefactos. ¡Cómo! ¡Aquél consagrado Mayor substituía á Faldillen!

¡Ah... sapristi... ¡no iba á reir poco el regimiento!

De repente, Laguitte, que á través de la puerta entreabierta vigilaba al desgaire la plaza del Palacio, lanzó una exclamación:

—¡Calle... es Burle!

—Sí... es su hora—dijo Eufrosina aproximándose también—El capitán pasa todas las tardes, al salir del despacho...

El Mayor, á pesar de su pierna inválida se puso de pie. Atropellaba las sillas, y gritaba:

—¡Eh... Burle! Ven... tomarás un bock!

El capitán, abroncado, no comprendiendo cómo Laguitte se encontraba en casa de Melania con Doucet y Morandot, avanzó maquinalmente. Aquello era una revolución de ideas. Se detuvo en el dintel, vacilando aún.

—¡Un bock!—dijo el Mayor.

Después, volviéndose:

—¿Qué te pasa?... Entra y siéntate. ¿Tienes miedo de que te peguen?

Cuando el capitán tomó asiento, hubo cierto embarazo. Melania traía el bock con cierto temblorcillo de manos, intrigada por el continuo temor de una escena que hiciera cerrar su establecimiento. La galantería del Mayor la inquietaba. Trató de esquivarse, cuando él la invitó

á tomar alguna cosa con ellos; y como si fuese el amo de la casa, mandó traer á Eufrosina una copita de anisete; y Melania tuvo que sentarse entre él y el capitán. El Mayor exclamó:

—Sobre todo quiero que se respete á las damas. Seamos caballeros franceses... ¡á la salud de la señora!

Burle, con los ojos fijos en su chop, dibujaba una sonrisa de embarazo. Los dos oficiales, á quienes chocaba poco aquel modo de brindar, habian intentado marcharse. Afortunadamente la sala estaba vacia. Unicamente los rentistas de minas echaban su partida de dominó, volviendo la cabeza á cada reniego, escandalizados de ver tanta gente y dispuestos á manifestarle á Melania que se irian al café de la Estación si la tropa los invadía. Toda una nube de moscas zumbaba atraída por la suciedad de las mesas, que Eufrosina no lavaba sino los sábados. Tendida en el mostrador la criadita se habia puesto á leer una novela.

—¿Y tú no brindas con la señora?—dijo rudamente el Mayor á Burle— ¡Sé fino al menos!

Y como Doncet y Morandot se levantasen de nuevo:

—Espérense ustedes—dijo— ¡rayos de Dios! Nos vamos juntos... Este animal no sabrá conducirse jamás.

Los dos oficiales permanecieron de pie, asombrados por la cólera del Mayor. Melania quiso intervenir, con su sonrisa de mujer complaciente, poniendo la mano sobre los brazos de los dos camaradas. Pero Laguitte replicaba:

—No, déjeme usted... ¿Por qué no ha brindado? No dejaré que la insulten á usted... ¿entien-
de usted? Y después, ya estoy hasta la coronilla de ese cochino...

Burle, muy pálido ante semejante insulto, se levantó y dijo á Morandot:

—¿Qué pasa? Me llama para dar un espectáculo... ¿Es que está borracho?

—¡Ira de Dios!—ahulló el Mayor.

Y poniéndose también de pie, temblando sobre sus piernas, dió al capitán una terrible bofetada.

Melania solo tuvo el tiempo preciso de agacharse para no recibir la mitad en la oreja. Fué un escándalo mayúsculo. Eufrosina gritaba detrás del mostrador como si la pegasen. Los modestos rentistas, aterrados, se atrincheraron detrás de la mesa creyendo que todos aquellos soldados iban á sacar el sable para degollarse. Sin embargo, Doncet y Morandot habian cogido al capitán por el brazo, para impedirle que saltase á la garganta del Mayor, y le acompañaron hasta la puerta. Una vez fuera del café, le calmaron un poco, echándole toda la culpa al Mayor Laguitte.

El coronel fallaria, pues aquella misma tarde irían á someterle el asunto, como testigos presenciales. Cuando hubieron alejado á Burle, volvieron al café donde Laguitte, muy emocionado, con las lágrimas en los ojos, afectaba una gran calma acabando su bock.

—Mayor—dijo al comandante—ha hecho usted mal en llevar las cosas á tal extremo, porque como el capitán no tiene su graduación no lo autorizarán para batirse en duelo con usted.

—¡Oh... lo veremos!—respondió el Mayor.

—Pero ¿qué le ha hecho á usted? Ni siquiera le ha dirigido la palabra... ¡Dos antiguos camaradas! ¡Eso es absurdo!

El Mayor hizo un gesto vago.

—¡Mejor! ¡Ese hombre me fastidia soberanamente!

Y no salía de ahí, por cuya razón no se pudo sacar nada en limpio. El ruido no fué menos enorme. En suma, la opinión de todo el regimiento fué que Melania, rabiosa al verse dejada por el capitán, lo había hecho abofetear por el Mayor, caído él también, en aquellas garras de la cafetera, que debía contarle historias abominables de Burle. ¿Quién hubiera creído eso de aquella vieja piel de Laguitte, después de todos los horrores que decía de las mujeres. Y á su turno había sido atrapado. Apesar de la atmósfera que se hizo contra Melaina, la aventura la puso en boga, á la vez temida y deseada, por lo cual la casa hizo por aquel entonces soberbios negocios.

Al otro día, el Coronel convocó al Mayor y al capitán. Los sermoneó duramente, echándoles en cara que habían deshonrado el ejército en un cafetín de la peor especie.

¿Qué resolvería en aquellas circunstancias, puesto que no podía autorizar el duelo? Esta era la cuestión, que, desde la víspera despertaba la curiosidad del regimiento. Las excusas parecían inaceptables, puesto que había una bofetada entre medio; sin embargo, como Laguitte á causa de su pierna no podía tenerse de pie, se decía que una reconciliación exigida por el coronel, podría terminar la cuestión.

—Veamos—dijo éste.—¿Me toman ustedes por árbitro?

—Perdón, mi corone!—interrumpió el Mayor.—Vengo á traerle á usted mi dimisión... He!a aquí. Como esto lo arregla todo, espero que se servirá tener la bondad de señalar el día del encuentro.

Burle le miró con aire sorprendido. Por su parte el coronel creyó de su deber presentar algunas observaciones.

—Es muy grave la determinación que quiere usted tomar... Le faltan á usted solamente dos años para tomar el retiro.

Pero de nuevo Laguitte le cortó la palabra diciendo con tono seco:

—Esa es cuenta mía.

—¡Oh, perfectamente!... Bueno; enviaré su dimisión de usted y en cuanto sea aceptada fijaré día...

Este desenlace causó gran estupefacción en el regimiento.

¿Qué tenía aquel rabioso Mayor, para querer matarse con su viejo camarada Burle? Se habló nuevamente de Melania y de su hermoso cuerpo de mujer; y todos los oficiales pensaban unánimemente, que aquella mujer debía ser absolutamente escultural, cuando había puesto en tal textura á aquel viejo duro de cocer. El comandante Morandot habiendo encontrado á Laguitte, no le ocultó sus inquietudes. ¿Si no era muerto en el duelo, de qué viviría? No tenía bienes de fortuna y escasamente podía vivir con la pensión de su cruz de oficial y la paga de retirado. Mientras Morandot hacía estas reflexiones, Laguitte, redando sus ojos saltones, miraba fijamente el vacío, abismado en la muda obstinación de desafiarse. Después, cuando el otro quiso interrogarle acerca de su odio contra Burle, repitió su frase, acompañándola del mismo gesto vago.

—¡Mejor!... ¡Me revienta ese tío!

Todas las mañanas, en la cantina, en la fonda de los oficiales, la primera palabra era: ¿Qué? ¿Ha llegado ya esa dimisión? Se esperaba el duelo con terrible ansia y se discutían calurosamente las probabilidades. El mayor número creía que Laguitte sería ensartado en tres se-

gundos, pues era ridículo un desafío á su edad, con una pierna paráltica que ni aún le permitiría defenderse. Algunos, sin embargo, inclinaban la cabeza. Verdaderamente, Laguitte no había sido nunca un prodigio de inteligencia; se le citaba, al contrario, como un acabado modelo de estupidez; pero en cambio, también tenía fama de ser uno de los mejores tiradores del regimiento; y, militar desde niño, había ganado sus charreteras de comandante por su bravura de hombre sanguíneo que no conoce el peligro. Por otra parte, Burle, mediano tirador, estaba clasificado de cobarde. En fin, se veía. La emoción iba en aumento, porque aquel diablo de dimisión se dormía en el camino.

El más inquieto, el más trastornado por semejante tardanza, éralo el Mayor. Habían transcurrido ocho días, y la inspección general debía empezar dos días después. No venía nada. Temblaba ante la idea de haber abofeteado á su antiguo amigo, haber presentado la dimisión por solo el placer de hacerlo, sin retardar el escándalo ni un minuto. Muerto él, nadie iría á cometer la ridiculez de examinarle las cuentas, y si era Burle, como esperaba, se taparía el asunto inmediatamente; habría salvado el honor del ejército, y el pequeño podría entrar en Saint Cyr. Pero... ¡sangre de Dios! aquellos chupatintas del ministerio se dormían sobre los pupitres. El Mayor no permanecía un momento quieto; se le veía delante de Correos, atisbando á los carteros, interrogando al ordenanza del coronel, para saber algo. No dormía, é importábasele el mundo tres pepinos, se recostaba sobre su bastón y cojeaba abominablemente.

La víspera de la inspección volvió á casa del coronel, cuando se quedó plantado, viendo á al-

gunos pasos á madama Burle, que llevaba á Carlitos al colegio. No la había vuelto á ver y la anciana, por su parte, se había encerrado en su casa. Desfalleciendo se aproximó á la pared para dejarle toda la acera. Ni uno ni otro se saludaron, lo cual hizo abrir unos ojos muy asombrados á Carlitos. Madama Burle, con aire frío y la cabeza alta, rozó al Mayor, sin un estremecimiento... Y éste, cuando hubieron pasado, los vió alejarse con un aire de tierna conmiseración.

—¡Rayos del cielo! ¡Luego yo no soy un hombre!—gruñó comiéndose las lágrimas.

Cuando entró en casa del coronel, un capitán que estaba allí le dijo:

— Ya está ahí eso. Acaba de llegar el pliego.

—¡Ah!—murmuró muy pálido.

Y tornó á ver cómo se alejaba la vieja señora con el niño de la mano, con su implacable frialdad.

¡Truenos de Dios! ¡Y decir que había deseado tan ardientemente la llegada de aquel papel durante ocho días, y que ahora sentía alguna mano dentro que le estrujaba las entrañas!

El duelo tuvo lugar á la mañana siguiente, en el patio del cuartel, detrás de una murallita. El aire era vivo y lucía un claro sol. Fué necesario conducir á Laguitte. Un oficial le daba el brazo, en tanto que se apoyaba desesperadamente con el otro sobre su bastón. Burle, con la cara hinchada por una enfermiza grasa amarillenta, parecía que dormía de pie, como extenuado por una noche de bodas. No se cambió una palabra. Todo el mundo tenía ganas de acabar.

El capitán Doucet, uno de los testigos, cruzó los aceros y retrocedió, diciendo:

—¡Adelante, señores!

Burle atacó en seguida, queriendo pulsar á Laguitte y saber á lo que debía atenerse. Desde hacia diez días, aquel asunto era para él un laberinto absurdo, del cual no podía salir. Una sospecha le asaltaba, pero rechazábala inmediatamente estremeciéndose, pues tenía la muerte como salvación, y rehusaba creer que un amigo le jugase semejante partida para arreglar las cosas. Por otra parte, la pierna de Laguitte le tranquilizaba un poco. Lo heriría en un hombro y asunto terminado.

Durante dos minutos las espadas se cruzaron, dejando oír ese ruido siniestro del acero. Después el capitán hizo una salida y quiso tirarse á fondo. Pero Laguitte encontró sus puños de antaño, é hizo una terrible parada en quinta, y, si hubiese repetido, el capitán quedaba atravesado de parte á parte. Este se apresuró á tomar su guardia lívido, sintiéndose á merced de aquel hombre que acababa de hacerle gracia aquella vez. Comprendió que aquello era una ejecución.

Laguitte, sólidamente afianzado sobre sus débiles piernas, convertido en una estatua, esperaba. Los dos adversarios se miraban fijamente. En los turbados ojos de Burle había una mirada suplicante, impetradora; sabía por qué iba á morir, y, como un niño, juraba que no volvería á hacer más tonterías. Pero los ojos del Mayor permanecían implacables; hablaba el honor, y él ahogaba su enternecimiento de buen corazón.

—¡Acabemos!—murmuró entre dientes.

Y esta vez fué él quien atacó. Fué un relámpago. Su espada resplandeció de derecha á izquierda; tomó la recta y fué á hundirse en el

pecho del capitán, que cayó redondo, sin exhalar un grito.

Laguitte arrojó su espada, mirando á Burle, tendido sobre su espalda y exhibiendo su gran panza. Y repetía furioso, lleno de emoción:

—¡Ira de Dios! ¡Ya era hora!

Dos meses más tarde, el viejo Mayor se arrastraba al sol en una desierta calle de Vauchamp, cuando se encontró frente á madama Burle, que llevaba de la mano á Carlitos. Este tenía siempre su dulce fisonomía de niña.

Madama Burle guardaba su aire rígido, más duro aún y más arrugada la cara. Ambos iban de riguroso luto. Laguitte se metió en el ángulo de una puerta, pero la anciana se detuvo bruscamente delante de él y le tendió la mano.

Hubo un gran momento de silencio.

—Carlos—dijo por último madama Burle—da la mano al Mayor.

El niño obedeció, sin comprender. El Mayor se había tornado muy pálido. Después, comprendiendo que debía decir algo, no encontró más que esta frase:

—¿Persiste usted en que el niño vaya á Saint Cyr?

—Sin duda, en cuanto tenga la edad.

A la siguiente semana murió Carlos de una tifoidea. Una noche su abuela le leyó el combate del *Vengador* para aguerrirlo; por la noche tuvo delirios. Había muerto de miedo.

FIN.



LA VIDA GALANTE

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Administración: **Gravina, 10, Barcelona**

Apartado de Correos n.º 178

LA VIDA GALANTE es una de las revistas más interesantes, porque publica los cuentos é historietas ilustradas por un novísimo procedimiento fotográfico no empleado aún en España.

La primera y última página de esta revista serán siempre dos hermosos cromos tipográficos.

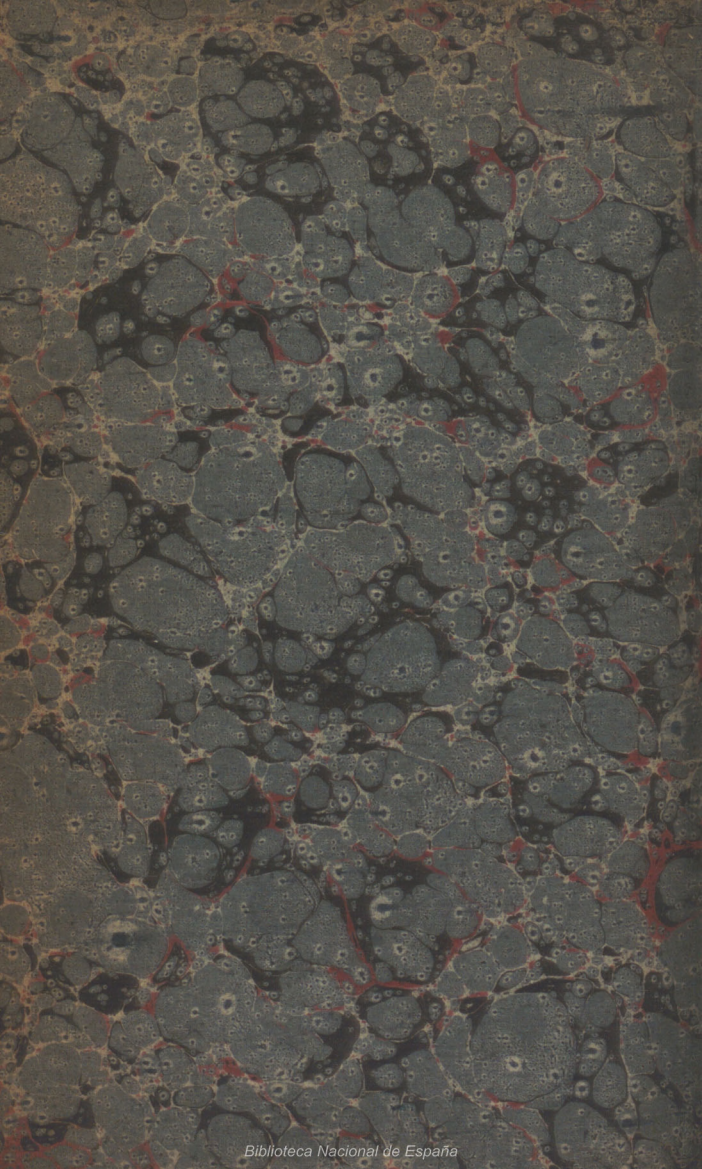
Precio del número corriente; 20 céntimos.

Número atrasado; 25 céntimos.

FRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

España y Portugal.	{	Seis meses. . .	6 pesetas.
		Un año. . .	11 >
Extranjero. . . .		Un año. . .	12 francos.



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1105163662